

Espigando la correspondencia de José Ingenieros

Modernismo y socialismo *fin-de-siècle*

Horacio Tarcus

En un artículo olvidado de 1948 consagrado a explicar el «Advenimiento de Lugones», el crítico Luis Emilio Soto rememoraba los tiempos de la llegada del autor de **Las montañas del oro** a Buenos Aires, su militancia en el socialismo y su encuentro con el joven Ingenieros, a quien designa como «el compinche ideal, el joven dotado de inquietudes revolucionarias, de sensibilidad y de audacia». Y sugiere Soto: «Algún joven Plutarco de la Atenas del Plata hubiera podido ver en ellos dos vidas paralelas, durante un tiempo por lo menos» (Soto, 1948: 2).

Más que de un Plutarco, las figuras de Ingenieros y Lugones merecerían el ejercicio historiográfico que practican últimamente los franceses, una suerte de biografía intelectual comparada (pienso en alguna medida en el Deleuze-Guattari de François Dosse, pero sobre todo en el Sartre-Aron de Sirinelli¹). A la espera de esa labor, contentémonos aquí con algunos trazos anticipatorios.

Mientras preparo la edición de un grueso volumen con la nutrida correspondencia de Ingenieros, no puedo sustraerme a la tentación de ir dando a conocer algunas piezas claves, sobre todo de sus años de juventud, que creo que iluminarán no sólo algunos episodios escasamente conocidos de su militancia socialista, sino sobre todo aportarán a la estrecha relación establecida entre Ingenieros y Lugones, sus vínculos con Rubén Darío y el rol que los dos jóvenes amigos asignaban al par modernismo-socialismo.

Asimismo, la correspondencia que Lugones e Ingenieros intercambiaron a fines del siglo XIX y principios del XX con otros jóvenes socialistas libertarios de Chile y del Uruguay nos permitirán comenzar a vislumbrar la intensa red político-intelectual que se había establecido entre grupos socialistas y revistas modernistas de los tres países del Cono Sur. Finalmente, una serie de documentos, de cartas y de intervenciones públicas de Ingenieros con otros actores de esos años nos permitirán discernir diversas etapas de su compromiso militante con el socia-

lismo, así como los motivos de su alejamiento del partido que él mismo había contribuido a fundar.

Si bien desde hace muchas décadas vengo reuniendo correspondencia inédita del autor de la **Sociología argentina** en diversos reservorios, la mayor parte de los documentos transcritos aquí provienen del Fondo de archivo de José Ingenieros, depositado por sus herederos en el CeDInCI. La apertura pública de este Fondo en noviembre de 2011, con sus miles de cartas, apuntes, originales de obras y otros documentos en su mayor parte inéditos, será sin lugar a dudas un poderoso estímulo para los investigadores que quieran visitar con nueva base documental la historia política e intelectual argentina durante las dilatadas tres décadas que van de 1893 hasta 1925.

Lugones e Ingenieros: «vidas paralelas»

Ni Lugones ni Ingenieros nacieron en el seno de familias de la élite porteña; uno llegó a Buenos Aires siendo apenas un niño, el otro —como escribió Darío— siendo «un bizarro muchacho de veintidós años, de chambergo y anteojos». Si bien terminaron conquistando un lugar de reconocimiento en los cenáculos literarios y políticos de la Gran Ciudad para fines de siglo, ambos debieron trabajar intensamente, desplegando sus múltiples talentos pero también aprovechando cierto capital escolar y familiar.

Aunque su nacimiento en Italia fue tardíamente asumido por sus biógrafos, Giuseppe Ingegneros —que no Ingegneri, como se figuró un biógrafo ocurrente— había nacido el 24 de abril de 1877 en Palermo, Sicilia, Italia, en una humilde casa de la Vía Candelai n° 45. Era el segundo hijo de Salvatore Ingegneros (1848-1922) y Mariana Tagliavia (1853-1925). En el año 1880 Salvatore debió exiliarse con su familia en Montevideo, y en septiembre de 1885 se instalaron definitivamente en Buenos Aires. Lugones, en cambio, había nacido el 13 de junio de 1874 en una antigua casona de Villa de Santa María del Río Seco, aldea ubicada al norte de la Provincia de Córdoba, donde su padre Santiago M. Lugones había adquirido unas tierras para explotar junto a su esposa Custodia

¹ François Dosse, **Gilles Deleuze y Félix Guattari. Biografía cruzada**, México, FCE, 2009; Jean- François Sirinelli, **Sartre et Aron. Deux intellectuels dans le siècle**, Paris, Hachette Pluriel, 1999.

Argüello. El joven Leopoldo, el mayor de cuatro hermanos varones, llegó a Buenos Aires en febrero de 1896.

Ciertamente, cuando comienzan sus primeros escauceos políticos y literarios ya contaban ambos con cierto capital cultural. Si «Ingenieros» no era, en la babélica Buenos Aires de aquellos años, sino uno más entre los miles de apellidos italianos —y para mayor confusión, un apellido español italianizado; el apellido «Lugones», en cambio, remitía a una antigua familia de Santiago del Estero de hacendados, frailes y militares, con la que Leopoldo estaba emparentado. Tal es así que cuando le es presentado al General Roca, lo primero que éste le pregunta es:

—¿Desciende usted del general Lugones, el guerrero de la Independencia?

—No exactamente, pero soy de la misma familia (Joaquín de Vedia, 1922: 54).

Pero si respecto de la «portación de apellido» la relación es desigual y la familia Ingenieros vive en la década de 1890 en una humilde casita del pasaje La Piedad, donde la madre, como se decía, «cose para afuera», el capital familiar del joven José no es despreciable: su padre, un periodista internacionalista y masón, había dirigido en su país natal el órgano republicano **L'Umanitario**, había contribuido a fundar la sección italiana de la Asociación Internacional de los Trabajadores y editado del primer periódico socialista de Sicilia: **Il Povero**, junto con el célebre socialista francés Benoît Malon, lo que le valió persecución y prisión. Según el testimonio de su hijo Pablo, mantuvo estrechos vínculos con «los principales revolucionarios de Europa»: Amilcare Cipriani, Giuseppe Garibaldi, Giuseppe Mazzini, Benoît Malon, Enrico Malatesta, Andrea Costa, etc. (Tarcus, 2007b).

Entonces, si su padre es aquel «oscuro periodista italiano» del que habló Ingenieros más de una vez, supo sin embargo educarlo en la lectura de todo el universo liberal-socialista propio del librepensamiento de la segunda mitad del siglo XIX. En este hogar cosmopolita, humilde pero donde no faltaban un piano ni una biblioteca, se recibían visitas, periódicos y correspondencias en las que se hablaba indistintamente en castellano o en italiano, en francés o en inglés. Y Salvatore incentivó en su hijo menor aún más ese conocimiento de los idiomas —que iba a ser decisivo en su vida adulta—, pagándole por traducciones que en verdad no estaban destinadas a la imprenta.

El adolescente Leopoldo, en cambio, para abrirse un camino en el universo de las nuevas lecturas debe sustraerse del rigorismo católico de doña Custodia, que había iniciado a sus hijos en las primeras letras leyéndoles pasajes de la Biblia o encíclicas papales. El obispo fray Mamerto Esquiú se alojaba en casa de los Lugones cuando visitaba Río Seco. En 1877 la familia Lugones se traslada a la ciudad de Santiago del Estero, y enseguida a Ojo de Agua, aldea de la misma provincia cercana a la frontera con Córdoba, donde Leopoldo cursa los primeros años de la escuela primaria. En 1886 es enviado a casa de su abuela materna, Rosario Bulacio de Argüello, para concluir los estudios primarios en la

escuela particular de Ignacio Garzón. Poco después la familia se instala en la ciudad de Córdoba y Lugones se traslada a la casa paterna de la calle Santa Rosa. Acaso el liberalismo de su padre —un activo caudillo alsinista— así como las nuevas amistades del joven Leopoldo entre los condiscípulos más rebeldes del colegio nacional cordobés, hayan incidido en el descubrimiento de otros autores —Lamarck, Darwin, Haeckel, Spencer, Comte, Tolstoy, Zola—, al punto tal que el rector del Colegio Nacional de Monserrat citó a su abuela, recomendándole que vigilase las lecturas de su nieto.

Hay semejanza entre los futuros amigos respecto del capital escolar. Ingenieros cursará sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de Buenos Aires mientras Lugones lo hará en el Colegio de Monserrat. El año 1892 los encontrará casi en simultáneo, uno en Buenos Aires, el otro en Córdoba, al frente de dos huelgas estudiantiles. Ingenieros cursaba el 5° año del Colegio Nacional bajo el rectorado de Adolfo Orma. En el contexto del conflicto desatado en el ámbito educativo entre los sectores laicistas y clericales, Orma es destituido cuando los alumnos abuchean al inspector general de enseñanza, Santiago Fitz Simons. El nuevo rector, Valentín Balbín, es resistido por el joven Ingenieros y sus condiscípulos. Lugones cursaba en 1892 el 4° año del Colegio Nacional y se iniciaba como orador al frente del movimiento estudiantil que se levantaba en huelga contra el severo régimen disciplinario impuesto por el rector Tarasco Castellanos. Ingenieros exige la renuncia de Balbín, Lugones la de Castellanos.

Ingenieros venía llevando adelante una carrera ascendente en el sistema educativo, que había comenzado en Buenos Aires en el Colegio Catedral del Norte (hoy José Manuel Estrada) dirigido por Froncini y más tarde por Pablo Pizzurno, que se continuaría enseguida en la Universidad de Buenos Aires y se prolongaría luego en universidades europeas. Lugones, en cambio, ya se ha involucrado en los círculos liberales de la ciudad, es una joven promesa entre los poetas y los periodistas, y no ha de concluir siquiera el bachillerato, emprendiendo desde entonces una formación autodidáctica. Así, aparece en diciembre de ese mismo año leyendo el poema «Los mundos» en un acto en el Teatro Rivera Indarte, de la Avenida Vélez Sarsfield. Es el poeta profético de la anunciación revolucionaria:

Ese día llegó cuando del siglo
la luz en los espacios alboreaba;
y el pueblo eterno mártir
de todas las batallas,
adivinó, como el arcángel bíblico,
que de casta de dioses era su alma.

(«Los mundos», en **Primeras letras**, 1947: 15).

Al concluir, los asistentes recorrieron las calles de la ciudad cantando estribillos opuestos al gobierno provincial (Canedo, 1974). El paralelismo se acentúa de modo singular en 1893, año de la iniciación en el periodismo liberal y también del segundo levantamiento radical. El 1° de junio Ingenieros lanza el primer número de **La Reforma. Periódico literario estudiantil**, donde alterna

textos en los que fustiga la gestión del rector Balbín con poemas que firma Catulo. **La Reforma** alcanza a publicar ocho números, apareciendo el último el 20 de agosto. Lugones, por su parte, lanza hacia el mismo mes el periódico **Los Principios. Periódico literario liberal**. Pero la insurgencia radical lo obliga a suspender la publicación por unos meses. El 19 octubre, finalmente, relanza **Pensamiento Libre** como quincenal de orientación librepensadora con la ayuda de su amigo Nicolás González Luján, responsable de la administración y, por otra parte, su futuro cuñado. Según declara el editorial, abogará por la «difusión de las ideas liberales y democráticas». Alcanza a publicar nueve números (en **Primeras letras**, 1947: 7 y ss.).

Los dos levantamientos cívico-militares de la Unión Cívica, el primero en julio y el segundo en septiembre de 1893, empujaron tanto a Ingenieros como a Lugones al ejercicio de las armas. Curiosamente lo hicieron en bandos enfrentados. Ingenieros participó, junto a otros compañeros de **La Reforma**, de la insurrección radical que comandaba Hipólito Yrigoyen en la Provincia de Buenos Aires: tomó parte en los combates de Quilmes, bajo las órdenes Miguel A. Páez, y en el de Ringuet, bajo el mando del Capitán Eduardo Dasso, siendo felicitado en este último por el jefe de las fuerzas revolucionarias (**La Reforma** n° 8, 20/8/1893). Lugones, en cambio, que acababa de acceder —gracias a los contactos de su padre con el Partido Autonomista provincial— a un puesto municipal en el Registro civil, es convocado por el gobierno provincial a integrar una guardia nacional para resistir a los rebeldes. El joven Leopoldo había recibido instrucción militar y alcanzado el grado de teniente cuando marchó en tren con un batallón de voluntarios rumbo a Rosario. El convoy fue atacado por los rebeldes, quienes finalmente fueron sofocados. A su regreso a la capital provincial, Lugones fue ascendido al grado de capitán. Lugones volvió a su quehacer poético y periodístico: relanzó entonces su periódico anticlerical, publicó poemas con el seudónimo de Gil Paz y publicó en folleto su primer poemario: «Los mundos».

En las jornadas fundacionales del Partido Socialista

El año 1894 encontrará a Lugones descubriendo y auspiciando el socialismo en Córdoba y a Ingenieros incursionando en el de Buenos Aires. Seguramente, no es ajeno el hecho de que el 7 de abril de ese año aparezca en Buenos Aires **La Vanguardia. Periódico socialista científico, defensor de clase trabajadora**, fundado por Juan B. Justo.

El 13 de octubre de ese año, siendo Ingenieros estudiante de medicina, observaba con su condiscípulo Ángel Giménez las columnas de trabajadores que se concentraban en la Plaza Rodríguez Peña para dirigirse a la Plaza de Mayo, al mitin a favor del proyecto de jornada laboral de 8 horas presentado por el concejal Eduardo Pittaluga. Justo, su profesor de la Facultad de Medicina, los invita a incorporarse a las filas socialistas. Menos de dos meses después, el 7 de diciembre, Ingenieros y Giménez, junto a una docena de estudiantes, fundan en el Hospital de

Clínicas el Centro Socialista Universitario (CSU), que se proponía «perseguir los fines del socialismo científico representado por el Partido Socialista Internacional». Ingenieros fue su primer secretario. El CSU se sumó al Partido Socialista Obrero Internacional, formalmente creado en abril de 1894 como enlace entre tres de los grupos socialistas entonces existentes (Agrupación Socialista de Buenos Aires, *Les Egaux* y *Fascio dei Lavoratori*). Sin embargo, la verdadera estructuración partidaria estaba todavía pendiente y desde entonces comienza para Ingenieros un período de activismo socialista febril que se extenderá por un lapso de ocho años. Será designado miembro del comité central y secretario del Partido por la convención reunida el 13/4/1895; el orador infalible en los actos del 18 de marzo (aniversario de la Comuna de París) y del 1° de Mayo (el día del trabajador); el propagandista que se enfrenta tanto con católicos como con anarquistas en las prolongadas jornadas de controversia. En octubre de este año aparece «¿Qué es el socialismo?», su folleto destinado a la iniciación y difusión del ideario del CSU, y causa de una agria polémica con el socialista de origen alemán Germán Avé-Lallemant en las páginas del periódico socialista **Vorwärts** (Tarcus, 2007a).

Entre tanto, los socialistas cordobeses comienzan a reunirse en el año 1894. Según testimonio del propio Lugones, alcanzaban por entonces el número de ochenta simpatizantes (Lugones, 1904/1963: 157-9). Hacia agosto de 1895 convoca Lugones una reunión en Córdoba con vistas a constituir formalmente el Centro Socialista de esa provincia. Viaja enseguida a Buenos Aires, por primera vez, para entablar relaciones con el partido en formación. Juan B. Justo lo recibe en la redacción de **La Vanguardia**. Allí nace la amistad con el abogado Carlos Malagarriga, con el escritor y periodista Roberto Payró y, sobre todo, la hermandad con José Ingenieros.

Lugones tiene entonces veintiún años, Ingenieros dieciocho. Como se desprende del paralelo trazado hasta aquí, el poeta socialista que incursiona en la biología y en la sociología, y el sociólogo socialista y estudiante de medicina que escribe versos con seudónimo, tenían experiencias, lecturas y anhelos comunes. Ya hablamos del librepensamiento, de las rebeldías estudiantiles y del socialismo. Aún hemos de referirnos al modernismo, a los cenáculos protovanguardistas de la bohemia y a la masonería.

Pero no nos anticipemos. Lugones regresa a Córdoba luego de su incursión porteña lleno de entusiasmo: en casa de González Luján reúne a sus amigos para transmitirles sus experiencias con el socialismo bonaerense. A comienzos del mes siguiente, según informa **La Vanguardia** del 8 de septiembre, están creando en la localidad de San Francisco el Centro Socialista Obrero Internacional de Córdoba. En sesión del día 28 se han dado un reglamento, que adjuntan en nota del 1° octubre al Comité Central del Partido Socialista Obrero Argentino para su aceptación. Lugones y su hermano Santiago están entre los firmantes.²

² Original en el Fondo José Ingenieros, CeDInCI.

Comienza entonces la correspondencia entre los amigos y una estrecha colaboración, que se extenderá por un lustro. Vale la pena transcribir completa — respetando la característica grafía de Lugones, que sigue las pautas de la reforma ortográfica chilena— esta primera carta en la que acusa recibo del folleto «¿Qué es el socialismo?»

Córdoba, otre. 28 de 1895

C° José Ingenieros
De mi estimación:

Acabo de leer su interesante trabajo sobre el socialismo científico i su adaptación posible en la Argentina.

Pídeme usted un juicio, i en rigor de verdad, debo declararle que soi incapaz de formularlo, claro, en concepto científico. Discípulo todavía, apenas puedo atreverme a una apreciación en general de su trabajo, no, sin embargo, a una resolución decisiva sobre el mismo.

Entrando, pues, a hacer algunas observaciones sobre su trabajo, me permitirá decirle, que hubiera querido hallar en él contenidas ciertas definiciones, necesarias, porque en mi sentir las definiciones son como teoremas de vastísimos desenvolvimientos en lo teórico, i más, si se quiere en lo práctico. Por ejemplo, en su libro abunda la palabra justicia, repetida siempre con razón, es verdad, pero no definida, i esta cuasi falta implica una vulnerabilidad de que no dejará de aprovecharse cualquier burgués perspicaz o anarquista platónico, de los que consideran a la justicia como una abstracción simbólica, como un principio conservador, cuando es, dígame lo que se quiera, el más revolucionario de los principios.

Me explicaré mejor: Para mí la propaganda socialista debe jirar en estos dos quicios: Libertad i Justicia, definidas como La acción voluntaria que no daña a nadie, i como La necesidad manifiesta del mayor número, respectivamente; definiciones, como Vd. ve, eminentemente positivistas. Ahora bien, demostrado que hai una voluntad en ejercicio que daña (la burguesía) se deduce que la libertad no existe, i poniendo en claro que la reforma social es la necesidad manifiesta i surjente del mayor número, se prueba que ella es la justicia. Siguiendo por esta vía que en apariencia es silogística i que no es más que una lei de jeneración progresiva, resultante del análisis, llegamos a demostrar que asistidos de la justicia, luchamos por la libertad. Mucho más que las cifras, mucho más que las necesidades i dolores puestos en claro, tengo la creencia de que una exposición doctrinaria i racional como la enunciada, obtendría la adopción del gremio estudiantil, a quien dedica Vd. su juicioso libro.

La vida del aula desarrolla cierta tendencia al razonamiento abstracto, que es bueno no contradecir violentamente, i que, siempre, tiene la conveniencia de dar a la reflexión una especie de etereidad refractaria al apasionamiento que siempre engendra la exposición de las culpas demasiado horribles.

Por otra parte, como siguiendo ese método, hai, para fundarlo, necesidad de recurrir a la prueba, ahí tiene Vd. la aleación posible i benéfica de la crítica con el raciocinio, del hecho con el derecho, del ejemplo con la máxima.

La tendencia revolucionaria del elemento latino, resulta de su afición a la lógica, que en evolución, conduce forzosamente a la revolución; i por ende creo que con la lógica debe propagarse la nueva idea en las naciones de origen latino. Desde luego, ningún socialista cree ya en la transformación pacífica, i Vd. mismo predice la revolución; entonces no hai inconveniente en aceptar el método que conduce al desiderátum revolucionario.

Esperaba, además de esto, un capítulo en su libro: un capítulo que pudo titularse La mentira del ahorro, por ejemplo, tendiente a demostrar por el examen de la lei de los salarios, la imposibilidad en que está el obrero de ejecutarlo. Vd. sabe que el ahorro es la mentira más peligrosa de que se ha valido la burguesía, para fomentar en el obrero esperanzas que son siempre paños de Penélope. Es éste en mi sentir un punto capitalísimo, con más razón digno de tratarse, si se considera que corren abundantemente entre nosotros obras como la de Smiles, sobre la materia, con visos de evangelios o códigos filosóficos, envueltos en una especie de sagrada inviolabilidad. Hacerle comprender al obrero, que en el dintel de su clase está escrita la frase que Dante colocaba en la puerta de los infiernos, en enseñarle una verdad, talvez la más tremenda, porque hace de su porvenir una verdadera roca de Sísifo.

Pero esto, será, no lo dudo, la base quizás de otro trabajo suyo, pues no es de esperar se detenga quien empieza tomando su puesto en la fila, armado de tan bien templadas armas.

En síntesis, su folleto es juicioso, rico de criterio, i sobre todo, desprovisto de esa hueca i ampulosa fraseología que es el escollo en que generalmente tropiezan los propagandistas. Vale más pecar de seco que de empalagosos.

Mi más calurosa felicitación por su primer paso en la senda escabrosa de esta emancipación social, deseada por todos los que queremos realizar el reinado del bien pleno, i mi deseo de que consiga ser odiado por la burguesía encanallada i rapaz, tanto como es estimado por este su compañero, a quien ha de permitir, desde hoy, llamarme cariñosamente suyo affmo amigo.

Salud i R.S.

L. Lugones³

Ingenieros y Lugones construyen su hermandad espiritual en torno a ese socialismo de librepensadores, donde se conjugan los ideales de Justicia y Libertad con el determinismo de la «ley de los salarios»; y donde la ética del productor, material e intelectual, se erige contra la inmoralidad del burgués, rapaz y canalla.⁴ Ingenieros, en su folleto, había distinguido entre el socialismo reformista anglosajón y el revolucionario latino, para

³ Fondo José Ingenieros, CeDInCI, copia. Original en poder de Horacio Valla Ingenieros.

⁴ En otro trabajo me propuse distinguir las etapas sucesivas del socialismo del joven Ingenieros: brevemente, postulé el influjo del «socialismo integral» de Malon para 1895; el socialismo revolucionario de Jean Allemane para 1897; el materialismo económico de Loria para 1900 y el socialismo reformista de Turatti para 1905 (Tarcus, 2007a).

sostener la conveniencia de las tácticas reformistas mientras se mantuviera una estrategia revolucionaria. Lugones acaba de escribirle al amigo señalando que en las naciones de origen latino, como las de América del Sud, se impone entonces la prédica revolucionaria: «Desde luego, ningún socialista cree ya en la transformación pacífica, ¡Vd. mismo predice la revolución!». La propaganda socialista, para los dos amigos, antes que la acción política y el cooperativismo, como la concibe Justo, no será sino crítica ideológica a las ilusiones burguesas en el seno del proletariado (el «ahorro» de Smiles, pero también el parlamento, la política misma...) y crítica moral a la inmoralidad del mundo burgués, a la que la política no es en absoluto ajena.

De igual modo que su amigo Ingenieros en Buenos Aires, Lugones y su grupo empastan afiches en las paredes de los talleres de la ciudad, levantan tribunas y hacen llamados a los obreros, a los empleados e incluso a los escritores a afiliarse al Centro. La campaña proselitista en diversas ciudades de la provincia a favor del socialismo hace conocer la voz tronante del joven Lugones, donde consigue algunos adeptos pero sobre todo levanta las protestas y la inquina de los sectores tradicionales. Lugones quiere rugir sus versos insumisos y la prosa de su socialismo romántico, pero en la tradicional ciudad mediterránea el peso agobiante de la Iglesia católica le pone sordina a su voz y le va cerrando los caminos. Entiende que ha alcanzado un techo en aquella ciudad y proyecta instalarse en Buenos Aires.

El episodio que sigue es bien conocido: Lugones le escribe desde San Francisco a su amigo el poeta Carlos Romagosa en Córdoba, pidiéndole apoyo para emplearse en un diario de Buenos Aires. Romagosa, hombre de la generación anterior pero sensible a la innovación que traía el modernismo literario, escribe la célebre carta de recomendación a Mariano de Vedia, director del diario **Tribuna**, tan citada en la bibliografía lugoniana. Si bien Romagosa apela en su presentación a las redes familiares —«Leopoldo Lugones es pariente de aquel distinguido 'intelectual' malgrado que se llamó Benigno Lugones»—, destaca enseguida las cualidades del escritor —«Escribe en prosa y en verso con la misma facilidad, y con el mismo estilo exuberante y resplandeciente»— y le advierte a este hombre del roquismo que el tono indignado y apostrofante no es sino producto pasajero de su juventud:

Cuando haya vivido y aprendido más; cuando los continuos desencantos maceren implacablemente su vehemencia; cuando palpe la realidad y penetre y conozca a fondo los hombres y las cosas, y se convenza de que todo esfuerzo sincero es definitivamente estéril, porque se estrella en lo refractario de la arcilla de que estamos amasados; y que no es cuerdo exigir de los hombres lo que no es susceptible de la naturaleza humana: la perfección; cuando sucede en él todo esto, entonces dejará el apóstrofe, arma violenta e irritante, que esgrimen los que creen y esperan con cándida vehemencia... («La carta de Romagosa», en **Nosotros**, 1938: 12 y ss.).

La amistad con Darío y el cenáculo de La Syringa

Como se desprende de la carta de Romagosa, Lugones no es de aquellos que, como su amigo Ingenieros, o como Mario Bravo, o muchos otros socialistas, cultivan la prosa de la propaganda socialista y en los tiempos libres riman algunos versos; Lugones es, antes que nada, un poeta; o en todo caso, como lo reconocerá enseguida Darío, «un poeta socialista». De modo que Lugones no sólo va a conformar con Ingenieros el ala revolucionaria del Partido Socialista, sino que va integrar, también con Ingenieros, el ala modernista del Ateneo de Buenos Aires, que emergió en 1893 como una de las instituciones culturales más prestigiosas y prestigiantes de la élite porteña.

Darío había llegado a Buenos Aires el 13 de agosto de 1893. Contaba apenas veintiséis años, pero venía de publicar **Azul** en Valparaíso, libro que había merecido el respaldo consagratorio de Juan Valera; y de ser recibido por José Martí en Nueva York, que lo estrechó en sus brazos y le susurró: «¡Hijo!». Darío pasó tan sólo cinco años entre nosotros, pero su poesía revolucionó el incipiente campo literario local, siendo acogida no sólo por las revistas literarias de la nueva generación sino incluso por el severo Groussac en las páginas de **La Biblioteca**. Es que en 1896 Darío publicará en Buenos Aires dos libros considerados como la consagración del modernismo literario: **Los raros** y **Prosas profanas**.

Aunque ideado para diferentes fines por Rafael Obligado y otras figuras de la élite porteña, el Ateneo —una institución cultural concebida a la manera de los ateneos liberales europeos, a medio camino entre los antiguos salones literarios de la élite y las modernas salas de conferencias y los Museos de Bellas Artes del '900— parecía creado a la medida de Darío. El Príncipe de las letras castellanas llegó providencialmente a Buenos Aires cuando el Ateneo comenzaba a florecer. Había sido formalmente fundado el 23 de julio de 1892 en una reunión de intelectuales celebrada en la casa de Obligado; pero el local público se abrió un año después, el 15 agosto de 1893, bajo la presidencia del anciano patriarca Carlos Guido y Spano, en «los altos» (como se decía) del Nuevo Banco Italiano, Rivadavia frente a la Plaza de Mayo; dos años después se mudó a otro salón no menos elegante situado en el **Bon Marché** de la comercial calle Florida al 783 (hoy Galerías Pacífico). La nueva asociación artística y literaria de la élite porteña será espacio de debate entre los consagrados poetas románticos y los jóvenes modernistas emergentes, capitaneados por Darío. Ingenieros está entre los primeros socios: su carnet, firmado por Calixto Oyuela, data de julio de 1893.⁵

Lugones llega a Buenos Aires en febrero de 1896. Ingresará aquí a la redacción del diario **El Tiempo**, que Carlos Vega Belgrano había fundado en 1893. Vega Belgrano, periodista y escritor, nieto del prócer y una suerte de mecenas de los modernistas, dará un impulso vital al Ateneo y financiará la edición de **Prosas profanas** de Darío y **Las montañas del Oro** de Lugones. Entre reseñas de libros y ensayos diversos, Lugones anticipa en las páginas de **El Tiempo** varios tra-

⁵ Original en el Fondo José Ingenieros, CeDInCI.

mos de su poemario socialista **El misal rojo** —igual que con los **Salmos rojos** de Borges dos décadas después, **El misal rojo** nunca fue publicado. Apenas tres meses más tarde, el 8 de mayo, encontramos a Leopoldo Lugones en El Ateneo leyendo su *Profesión de fe*.

Desde las páginas de **La Vanguardia**, un suelto anónimo —¿José Ingenieros?— participa a los socialistas del éxito del camarada en el mundo literario: «Leopoldo Lugones, nuestro compañero de Córdoba, es presentado al mundo literario de Buenos Aires, leyendo en el Ateneo su hermosa 'Profesión de fe'. En ella canta a la ciencia y a la igualdad, fulmina al dios Millón, desprecia al clero, espera de la agitación del pueblo, excita a la lucha por la idea, pinta sus dolores y predica su triunfo». Roberto Payró saluda el arribo del poeta de **Azul** desde las páginas de **La revista nueva**, que desde 1893 venía publicando a algunos de los jóvenes modernistas. Pero la consagración será la nota de Darío, «Un poeta socialista», aparecida también en **El Tiempo (Primeras letras, 1947: 31-32)**.

El propio Darío intenta con Ricardo Jaimes Freyre capitalizar en un órgano propio la fructífera cosecha entre los jóvenes porteños y lanza la **Revista de América**, pero el proyecto naufraga en el tercer número. Recién el 20 de julio de 1898, cuando Groussac debió clausurar **La Biblioteca**, el poeta Eugenio Díaz Romero se decide a lanzar en Buenos Aires **El Mercurio de América**, de modo que los modernistas del Ateneo contarán ahora con una suerte de órgano oficioso.

Después de las veladas del Ateneo o del trabajo en la redacción del **Mercurio**, en la calle Florida, el grupo rubendariano continúa con sus discusiones, sus lecturas y sus bromas en los restaurantes porteños y trasnocha luego en los cafés de la bohemia. Darío lo recordó en las memorias que escribió a pedido de **Caras y Caretas**: «Claro que mi mayor número de relaciones estaba entre los jóvenes de letras, con quienes comencé a hacer vida nocturna, en cafés y cervecerías». Y añadía: «Se comprende que la sobriedad no era nuestra principal virtud» (Darío, 1915).

Muchos de ellos escribían en los mismos cafés, como lo recordaba Darío en ese mismo texto —«Casi todas las composiciones de **Prosas Profanas** fueron escritas rápidamente, ya en la redacción de **La Nación**, ya en las mesas de los cafés, en el Aue's Keller, en la antigua casa de Lucio, en lo de Monti»— y en aquel poema en que cantó nostálgico sus vida porteña, celebrando la camaradería de artistas, periodistas y escritores, más allá de las diferencias políticas:

Kants y Nietzsches y Schopenhauers
ebrios de cerveza y de azur
iban, gracias al *calembour*
a tomarse su *chop* en Auer's.

Yo era fiel al grupo nocturno
y en honor a cada amigaso
allí llevaba mi pegaso
y mi siringa y mi coturno.

(Darío, 1909/1995: 313).

Hace aquí Darío una alusión a una de las fuentes de su poesía, la dionisiaca, y al mismo tiempo al cenáculo porteño de La Siringa que se congregó en torno suyo. Es que Darío, como lo señaló Machado, pulsó magistralmente la lira poética al mismo tiempo que hizo sonar los tonos menores de la flauta pánica («bruma y tono menor..., toda la flauta/ y Aurora, hija del sol..., toda la lira»).⁶

El grupo que constituía La Siringa en torno a Darío estaba formado por un grupo círculo íntimo de «Pentarcas» compuesto por José Ingenieros, el crítico y musicólogo José Ojeda y los poetas y periodistas Antonio Monteavaro, José Pardo y Luis Doello Jurado; y en torno de ellos, otro círculo concéntrico formado por Eugenio Díaz Romero, Ricardo Jaimes Freyre, Leopoldo Lugones, Américo Llanos, José León Pagano, Charles de Soussens, Luis y Emilio Berisso y Mauricio Nirenstein. El grupo se disgregó con la partida de Darío, pero conoció un renacimiento a principios del '900, esta vez en torno a Ingenieros. Lugones, que participó marginalmente de la primera Siringa, parece haber sido ajeno a la segunda; Jaimes Freyre partió a Tucumán en 1901; en cambio, se sumaron en esta etapa nuevos syringos, como Manuel Ugarte, que llegaba de París con su incipiente antimperialismo y Florencio Sánchez, que venía de Montevideo para triunfar en Buenos Aires con «M'hijo el dotor».

Los «templos» a los que alude Darío en sus poemas no son otros que los cafés y los bares de la bohemia porteña: «lo de Monti», «lo de Lucio», la cervecería alemana Aue's Keller, la Confitería Suiza de Cuyo y Maipú, el Café de Los Inmortales y «lo de Hansen», en Palermo; aunque también se reunieron en la casa de Luis Berisso de la calle Charcas o luego, en la segunda Siringa, en el consultorio de Ingenieros de la avenida Santa Fe.

Diarios y revistas publicaron durante estos años poemas eróticos firmados por un tal Hermenio Simel, como aquel «Beso pagano», que aparecía dedicado a Rubén Darío:

Los mismos lirios tuvieron celos: la inmaculada
siente el veneno roer su carne, se siente loca,
bajo las fiebres afrodisíacas que la reclaman.⁷

No era otro que Ingenieros, en uno de los heterónimos con los que tanto disfrutaba desdoblarse, dando a conocer los textos que leía en aquellas «tenidas». Herminio provenía de Hermes, cuya adaptación romana con el dios Mercurio aludía al **Mercurio de América**. Simel leído al revés es Lemís, y alude a *Lemice Terrieux*, seudónimo de Paul Masson, una suerte de Alan Sokal del París finisecular que enviaba falsas colaboraciones científicas a diarios y revistas, quienes las publicaban confiadamente sin advertir que

⁶ La cita corresponde al poema «A Rubén Darío» de Antonio Machado citado por Delia Kamia (seudónimo de Delia Ingenieros) y Reyna Suárez Wilson en un libro que quedó inconcluso y que iba a publicarse con el nombre de **La Siringa**. Diversas versiones de los borradores del volumen se conservan en el Fondo José Ingenieros, CeDInCI.

⁷ Hermenio Simel, «Beso pagano», fragmento. En Fondo José Ingenieros, CeDInCI.

Lemice Terrieux se trataba de un seudónimo que sonaba a *Le Misterieux*, «el misterioso». Según fuentes de la época, «Terrieux» llegó a interesar con sus comunicados a la mismísima Academia de Ciencias francesa... (Martí, 1958).

Hay un texto de Ingenieros en que Ingenieros explicó el «Origen y esencia de 'La Syrhinga'». Sólo que lo hizo en jerga syringal... Leamos:

La Syrhinga, institución de estética y de crítica, preexiste, existe y subsiste. Es un exponente del espíritu dionisiaco y, como él, remonta su origen hasta la primera sonrisa del piteco ancestral. Todo syringo es dionisiaco; puede, ulteriormente, ser apolíneo.

El carácter de syringo no se confiere u otorga; se reconoce y comprueba. El espíritu syringal reviste gradaciones; en la América Latina alcanza hasta el quinto grado; se ignora la existencia de grados superiores, pues nadie puede presumir ni comprobar cualidades que exceden de su comprensión.

Cierta noche de conversaciones satanistas, en el salón del 'Ateneo', Rubén Darío y yo prolongamos la plática hasta el amanecer. Y tuvimos este diálogo:

—Rubén: nace el lucero. Maullará por tres veces el gato negro.

—Déjame pensar en el unicornio...

—Oye...

Y oímos, a lo lejos, los tres maullidos, tristes y dolorosos como una queja sepulcral.

Rubén continuó;

—Presientes las voces macabras...

Y acercando sus labios a mi oído, murmuró misteriosamente:

—¡Eres syringo!

—Tú posees el quinto grado —le respondí.

—Es también el tuyo, pues de otro modo no me interpretarías.

Y poniendo en contacto las yemas de nuestros pulgares, permanecimos silenciosos durante cuatro horas, sorprendidos por el descubrimiento recíproco.

Es cuanto puedo revelar, exotéricamente, sobre la esencia y origen de la Syrhinga. Las revelaciones de carácter esotérico son imposibles: perderá la voz quien intente hablarlas, y sufrirá parálisis de la mano quien ose escribirlas; por otra parte, serían absolutamente incomprensibles para los 'incíreces', es decir, para los 'no-syrhingos'.

José Ingenieros
(1904)

Ingenieros conservó entre sus papeles algunos testimonios de estos años de bohemia. Uno de ellos es la carta que le envía Darío desde París en octubre de 1903, cuando recibe una de las entregas de los **Archivos de Criminología, Medicina legal y Psiquiatría** y el libro de Ingenieros **La psicopatología en el arte**:

París, Oct. 25 1903

Mi inolvidable amigo:

Mil gracias por su constante envío de su sabia revista, y

sobre todo por su libro sesudo y justo sobre la obra y personalidad de nuestro potente Sicardi. Le he seguido de lejos, y me he complacido cuando he notado que Lemice ha subido muy alto. Me regocijo y soplo mi siringa en su honor.

¿Cuándo le veré por estos mundos?

Mis recuerdos a mi querido y excelente amigo Becú, a Díaz Romero, a Ojeda, a Nirenstein y demás antiguos miembros de la capitalla en que se cantaba cierto célebre himno:

«.....»

Verá en Sion... al Nazare...no»;

y usted reciba un abrazo, después de tanto silencio, de su amigo

Rubén Darío

Darío alude aquí a un poema de su autoría dedicado al poeta bohemio Charles de Soussens, elaborado en una de aquellas noches syringales y que acabó por convertirse en el primer himno de la cofradía. Soussens, bohemio entre los bohemios, había nacido en Friburgo, pero Ingenieros bromeaba diciendo que en verdad era «ginebrino». Lysandro Galtier en su citado libro sobre el poeta suizo-francés lo transcribe, pero Dalia Kamia rescató una versión más completa y algo diferente, escrita de puño y letra de Darío:

Soussens, hombre triste y profundo,

Verá en Sión al Nazareno.

Soussens es el hombre más bueno
más bueno del mundo.

Soussens, *sans sou* [a menudo sin], poeta, tú,
Que aborreces siempre el «Bon Sens» [Buen Sentido],
Estarás siempre *sans le sou* [sin dinero],
Soussens!

Pero vencerá Belzebú,
Siendo tu insignia aquí La France,
Dinos versos franceses, *Sous*
Sens [*sous sens*: ¡en marcha!].

R. Darío⁸

Otro de los documentos conservados por Ingenieros es el poema «Amonestación», que compuso Darío en una de aquellas noches y que se conserva escrito de su puño y letra. Como se refiere a las vicisitudes sufridas por Ludovico —Luis Berisso, uno de los syringos— en su proceso de transmigración, y dado que Ojeda e Ingenieros lo musicalizaron y el cenáculo lo adoptó como uno de sus himnos, aparece referido en la literatura de la bohemia porteña como «Himno a Berisso». Esta es la versión, ligeramente distinta a la conocida, que transcribo del manuscrito de Darío:

⁸ Transcrito por Delia Kamia y Reyna Suárez Wilson, manuscritos inéditos de **La Syringa**. Fondo Ingenieros, CeDInCl.

AMONESTACIÓN

Música de Ojeda e Ing.[enieros]

Ludovico se sigue así
 sufrirá en su transmigración
 Tornarse ha en un ouistití
 Querrá ver a José Martí.
 Y daranle a comer maní
 Y daranle a leer a Pi
 Y oirá música de Chapí,
 Ingegnerios le hará fi! fi!
 Será amigo de Bonmatí
 Y Becú negarale el sí
 Tendrá cartas desde Calí
 Tendrá queso de buen Tafi
 Y panales de Camoatí
 Y una estola daranle allí
 bien tejida de ñandutí
 Ludovico se sigue así.
 Padecerá eso en su transmigración.

Con Pi puede aludir al escritor catalán Pi y Margall; Ingenieros hipnotizaría a Ludovico haciendo un pase con sus manos (fi! fi!); Bonmatí era un librero de aquellos años; Carlos Alberto Becú es el poeta modernista, pionero del verso libre a la francesa...

El poema está acompañado del dibujo de un fauno tañendo la syringa y de una nota en la que pide al cenáculo la aprobación del himno:

A los miembros de consejo de La Siringa
 envío para su aprobación y adoptación
 e instrumentación,
 esa canción.
 2ª de la serie
 y primera de 1898.

La firma es un monograma: Rubén como una suerte de animalito y Darío, un cisne.⁹

Un breve excursus interpretativo: La Syringa

¿Cómo entender La Syringa? ¿Peña literaria, cofradía, sociedad secreta, manifestación de la bohemia artística, estudiantina, burla casi adolescente? ¿Es pura «fumistería», mera burla cruel de los «sobreadaptados» a expensas de los «nuevos», de los «viejos», los «inocentes» y de todos desprevenidos que quedaban fuera del código —como han querido habitualmente los críticos nacionalistas de Ingenieros, desde Emilio Becher y Gálvez, Doll y Anzoátegui, hasta los populistas en el presente? Incluso algunos socialistas pusieron sus reparos: uno de sus partícipes tardíos, Ugarte, recordaba los años de La Syringa no sin remordimientos,

⁹ Original en el Fondo José Ingenieros, CeDInCI. Está reproducida fotográficamente en **Fondo de Archivo José Ingenieros. Guía y catálogo**, Buenos Aires, CeDInCI / UNSAM, 2011.

y Dardo Cúneo solía preguntarse qué quedaba de Ingenieros detrás de sus «piruetas»...

Esta hermandad consagrada al semidiós griego Pan y que celebraba el culto del vino, de la poesía, de la música y de la risa —una suerte de «trouville de bohemios a lo Barrio Latino», como señaló un cronista de la época— tenía un evidente carácter lúdico. Hay sin duda en el grupo, con sus «pentarcas», sus «templos» y sus «tenidas», su jerga exotérica y esotérica —*syringales*, *incírices*, *lemís*, *lemishear* y un largo etcétera— y sus burlas a menudo crueles a los desprevenidos «incírices» —los no syringos—, algo de *fumisterie* a la francesa, a la manera del extravagante poeta francés Émile Goudeau y su *Circle des Hidropathes* de la *rive gauche*.

Sin embargo, no podría reducirse fácilmente, como se ha querido con frecuencia, a una manifestación de la burla de jóvenes positivistas ufanos de su éxito social frente al candor provinciano (la «cachada porteña»), la simplicidad de los inmigrantes o las creencias esotéricas del *fin-de-siècle*. En primer lugar, no todos los consagrados a la risa fueron socialmente exitosos por igual: algunos *permanecieron* en la bohemia, y muchos de ellos son además provincianos, inmigrantes o hijos de inmigrantes. Además, Gutiérrez Girardot ha identificado el histrionismo de los artistas modernos, la celebración colectiva en los bares y el culto de la risa entre las características de la bohemia artística *fin-de-siècle*:

Para la sociedad, bohemio y poeta fueron sinónimos, y como en sus propósitos *épateur le bourgeois*, los poetas escandalizaban con extravagancias, acentuaban el rasgo de bufón que tenían esencialmente en la imagen que de ellos trazó Nietzsche. Se reunían en cafés porque allí encontraban lo que les negaba la sociedad: reconocimiento, público, contactos, admiración, seguidores, y porque huían de la mansarda pobre y de la soledad. El café era un mundo contrario al de la vida cotidiana burguesa... (Gutiérrez Girardot, 2004: 151-52).

En segundo lugar, y todavía más importante, su credo cientificista no aparecía para ellos reñido entonces con el cultivo de metafísicas llamémosles «espiritualistas» en boga en aquellos años, desde la filosofía de Nietzsche —a quien Ingenieros y Lugones, iniciados por Darío, leyeron intensa y apasionadamente— hasta otras más bien oscuras y menos perdurables, como la misma teosofía. El interés que despertó en aquellos años este curioso sincretismo elaborado por Mme. Blavatsky en figuras como José Martí, Rubén Darío, Amado Nervo, Herrera y Reissig, Santos Chocano, Leopoldo Lugones e incluso José Ingenieros, pone de manifiesto las afinidades electivas entre la teosofía y la cultura modernista.¹⁰

En tercer término, habría que recordar que la fe de Ingenieros y Lugones en la ciencia y en el socialismo como prácticas que por definición aspiraban a la transparencia y a la mayor publicidad,

¹⁰ Poniendo el foco en un período inmediatamente posterior, Ricardo Melgar Bao y Eduardo Devés han sugerido una serie de afinidades electivas entre la teosofía y el antiimperialismo latinoamericano de los '20, e incluso entre teosofía y anarquismo (Devés, 2007).

no les impidió tampoco iniciarse en la masonería ni practicar sus ritos, alcanzando ambos el grado treinta y tres.¹¹ Los dos amigos, a los que se sumará enseguida Florencio Sánchez, se reunían por las noches en el Club de Residentes Extranjeros con los masones de dos o tres generaciones —Miguel Cané, Alejo Peyret, Olegario V. Andrade, Joaquín V. González, Eduardo L. Holmberg, Eduardo Wilde, Enrique García Velloso. En este sentido, deberíamos añadir las redes masónicas como otra de las formas de incorporación de los nuevos a la élite.

La crítica nacional-populista, al identificar una contradicción entre el cientificismo reinante y la fascinación de los intelectuales por los rituales y las fórmulas mágicas, o al atribuir esta última a pura «simulación», desconoce la paradoja propia del proceso de secularización de la modernidad que ha señalado Gutiérrez Girardot al recordarnos las reflexiones de Durtal, el personaje de *Lábas* (1891) de Huysmans: «Qué época más extraña... Justamente en el momento en que el positivismo respira a todo pulmón, se despierta el misticismo y las locuras de lo oculto». Y añadía:

Pero siempre ha sido así; los fines de siglo se parecen. Todos vacilan y están perturbados. Cuando reina el materialismo, se levanta la magia. Para no ir más lejos, mira el siglo pasado. Al lado de los racionalistas y los ateos, encuentras a Saint-Germain, Cagliostro, Saint-Martin, Gablis, Cazzote, las Sociedades de Rosacruz, los círculos infernales, como ahora (cit. en: Gutiérrez Girardot, 2004: 73).

Se olvida a menudo que el mismo positivismo no fue un puro racionalismo sino «una nueva teología intramundana con una jerarquía eclesial y hasta el culto de una Virgen (Clotilde de Vaux)» (*Íd.*, 78). Lo que postulaban los positivistas latinoamericanos, y en esto Ingenieros no fue la excepción, es que se podía tener «una moral sin cristianismo». En suma, la secularización del mundo «no fue solo una 'mundanización' de la vida, una 'desmiraculización' del mundo sino a la vez una 'sacralización' del mundo» (*Íd.* 79-80).

Así, mientras los nacionalistas franceses sacralizaban la nación, elaborando sus símbolos, celebrando sus ritos y sus cultos —esto es, secularizaban el vocabulario de la misa y de la praxis religiosa—, los modernistas hispanoamericanos invertían la poesía mística para expresar algo profano, como la incertidumbre del poeta en Machado; o profanaban la misa y sacralizaban el eros, como en Darío, donde el poeta no era sino el sacerdote de la misa erótica, la hostia una vestal ardiente y acto de amor, la consagración (*Íd.*, 82).

Postulo entonces que La Syringa debería ser considerada como un grupo reunido por afinidades electivas, por una williamsiana

«estructura de sentimiento» cuya comprensión sólo se hace patente si se la inscribe en el universo de ideas, valores, sensibilidades y símbolos propios del modernismo. Siempre y cuando, claro, entendamos por el término algo más que una escuela literaria que vino a renovar la poesía hispanoamericana de fin de siglo y lo inscribamos en un movimiento mucho más amplio.

Gutiérrez Girardot ha dado un extraordinario impulso a los estudios sobre el modernismo al invitar a pensarlo dentro de un movimiento de reacción del artista moderno frente al proceso de racionalización del mundo, impulso que extiende a todo el siglo XIX y que remonta incluso a la experiencia del *Sturm und Drang*. Un siglo antes que Martí y que Darío «nacionalizaran» estos tópicos, los románticos alemanes rechazaron la sociedad burguesa, colocando al artista en el lugar del «genio» (Heinse) o del «marginado rebelde» (Schlegel), y postulándolo, al mismo tiempo, como sujeto novelable (Gutiérrez Girardot, 2004: 54). Y es así que tanto en la «novela de artista» de un Stephan George como de un Martí aparecen el artista héroe, el artista sacerdote y apóstol de la justicia (*Íd.*, 63).

Si el hombre moderno es, como lo definió Hegel, un anfibio, el artista es la expresión extrema de esta figura, obligado a «vivir como un burgués y pensar como un semidiós» (Flaubert). El artista es, pues, un semidiós que debe usar máscara de burgués, «pues lo que no puede expresar en el mundo burgués, sus deseos, sus pasiones, sus afectos, sus esperanzas, sus ilusiones, lo expresa libremente en la obra literaria». Baudelaire habla de una «envoltura divertida» a la que recurre el artista para llegar a ese público que desprecia: «La envoltura divertida, aperitiva, titilante, no es una concesión al público, sino una provocación: es el *épateur le bourgeois*. Pero esta provocación evidencia precisamente el deseo íntimo del artista de ser tenido en cuenta en la sociedad burguesa y la desilusión de ese deseo. Es una forma artística de un despecho social» (*Íd.*, 60).

En esta perspectiva, la creación de universos imaginarios o la apelación a exóticos paisajes no es leída como simple evasión de la realidad, sino como orgullosa afirmación del artista frente al orden burgués, o como búsqueda utópico-romántica en el pasado de una plenitud perdida (*Íd.*, 56-58). El modernismo, pues, no se refugió en la manida «torre de marfil» sino en la creación por parte de los artistas de un «reino ambiguo en el que reinan la fantasía y la libertad, pero también la nostalgia del mundo y de la sociedad que los expulsó»:

Desde la perspectiva de la moral tradicional, de la hipócrita moral cristiana de la sociedad burguesa del siglo pasado, la libertad, la fantasía y sus productos, la ambigüedad del gozarsufriendo, el 'amoralismo esteticista' es 'decadencia'. Y en este sentido de la palabra la usó Spengler en su *La Decadencia de Occidente* (1918-1922). Pero lo que se llamó 'decadencia' fue en realidad una intensificación de la vida que al ser llevada a su extremo ocasionaba no solamente gozo, sino también angustia, plenitud y duda e incertidumbre, sensualidad y remordimiento, impiedad y nueva fe (*Íb.*, 68).

¹¹ Ingenieros fue iniciado como *loweton* en la masonería argentina el 22 de agosto de 1888. Adquirió el carácter de masón en la Logia Unión Italiana Primera n° 90, el 5 de agosto de 1898, cuando alcanzó la mayoría de edad. No sólo su padre, sino también sus educadores (Ricaldoni, Pizzurno y Alcorta) eran masones. Lugones se inscribe el 13 de febrero de 1899 en la Logia Masónica Libertad.

Es, en suma, en este universo romántico-parnasiano-simbolista-modernista, con su religiosidad pagana que reacciona frente a la crisis de las religiones institucionalizadas en Iglesias así como al ceremonial ya vacuo de una Masonería en decadencia; con su culto del Arte y de la Risa que desprecia al «Dios millón», a la «prosa del mundo» capitalista y a todas las formas de desencanto propias del mundo moderno; con su celebración de la confraternidad en pequeñas comunidades consagradas al Arte y el Pensamiento; con su comunión entonando himnos y compartiendo simbolismos y jergas esotéricas, frente a la masividad, la cuantificación y el anonimato de las urbes modernas; sólo inscrita en este universo, digo, es que el cenáculo de La Syringa cobra sentido y significación histórica.

El ala romántico-revolucionaria del socialismo

Pero volvamos a los círculos socialistas, donde, como veremos, no estará ausente el programa modernista. Una vez en Buenos Aires, Lugones se sumará a Ingenieros en la febril actividad socialista de los años heroicos, que recordará no sin nostalgia pocos años después:

La verdad es que se trabajaba como nunca ha vuelto a hacerse. Molina y Vedia fundó una escuela libertaria de tipo tolstoiiano y proyectaba en no se qué tierras paraguayas, una colonia anarquista modelo; Justo escribía folletos de propaganda, y organizaba con Piñero el centro socialista de estudios; Ingegneros y yo redactábamos «La Montaña», al vitriolo y al picrato de potasa, y dábamos conferencias dominicales en la plaza Herrera, en Barracas, ganando el kiosco desde la una a los misioneros metodistas con sus biblias y sus caras de levadura (Lugones, 1904/1963: 157-9).

Ya tuve ocasión de presentar en otro texto el derrotero del ala socialista-romántico-revolucionaria que Ingenieros y Lugones animaron entre los años 1896-1898 en el seno del Partido Socialista (Tarcus, 2007a). Baste recordar ahora algunos jalones para presentar los nuevos documentos y precisar hechos y circunstancias hasta hoy poco esclarecidos.

Apenas llegó Lugones a Buenos Aires, se instaló en el barrio porteño de Barracas y se integró a la Agrupación Socialista de Barracas al Norte, fundada en 1895 por los miembros de la familia Cardalda y demás mecánicos del Taller Sola del Ferrocarril Sud. Ingenieros solía colaborar con la Agrupación levantando tribuna de propaganda en la Plaza Herrera del barrio de Barracas, y ahora contará con el apoyo de la vibrante oratoria de su amigo Lugones. Días después de la llegada de Lugones, se plantea la primera disidencia de este centro con el Comité Ejecutivo del Partido Socialista, pues este sólo había convocado a los afiliados empadronados para participar en la elección interna para candidatos a diputados socialistas por la Capital Federal, cuando la mitad de los obreros del Centro de Barracas no estaban nacionalizados. Lugones e Ingenieros defendieron la postura de la Agrupación de Barracas, la que emite un documento que cuestiona la dirección partidaria: «renuncia formalmente al sagrado principio del internacionalismo el socialista que adquiere la ciudadanía argentina» (Tarcus,

2007). No es casual que esta agrupación en la que se asientan Ingenieros y Lugones, díscola a la disciplina del Partido, y que sostendrá en agosto de 1896 la «huelga de los ciento veinte días» de los ferroviarios y los mecánicos, se llamará por cierto tiempo «Centro Socialista Revolucionario».

En junio se celebró en Buenos Aires el primer congreso partidario, donde según lo recordaba el mismo Lugones algunos años después, el padre fundador, el líder mejor preparado y el dirigente más medido —«la ciencia y la conciencia del Partido»— iba a sufrir una derrota a manos del ala izquierdista:

Entre todo esto, es penoso hacer constar que la influencia del doctor Justo no predominó jamás. Era el que más daba y el que más perdía en el asunto, pero su acción intelectual no arrastraba a tales fervorosos. Su lastre científico le impedía sobrenadar en la espuma de aquella marejada.

El primer congreso obrero marcó una derrota para el grupo que seguía sus inspiraciones, el más serio y diminuto del partido. Solo tuvo cuatro votos para sostener una declaración de principios que admitía la posibilidad de alianzas con otros partidos, mientras el intransigente aturdió y triunfó con sus peroratas y aplausos. No han vuelto a celebrar los obreros una reunión más interesante así por el número de elementos como por la importancia que la prensa entera le dio. Allí se afianzaron la popularidad y la fama del doctor Ingegneros, que empezaba a ser y se convirtió del todo en el verdadero caudillo del partido (Lugones, 1904/1963:).

El Congreso se celebró los días 28 y 29 de junio de 1896 en el local del *Verein Vorwärts*, Rincón 1141, con la participación de 35 delegados por las asociaciones y centros socialistas y otros 50 por las sociedades gremiales. Entre los primeros se contaban Justo y Domingo Risso por el Centro Socialista Obrero, Antonino Piñero y Ramón Potau por el Centro Socialista de Barracas, Ingenieros y Nicanor Sarmiento por Centro Socialista Universitario, Roberto J. Payró por el Centro de Tucumán, Leopoldo Lugones y Ángel Giménez por el de Córdoba. Entre los delegados gremiales estaban Esteban Jiménez (tipógrafos), Francisco Cúneo y Gabriel Abad (mecánicos), José Casot (carpinteros), Ricardo Cardalda (conductores de tráfico), Miguel Pizza (hojalateros), etc. (Tarcus, 2007a).

La primera sesión se consagró a discutir la Declaración de Principios, los Estatutos y el Programa. Justo se dirigió a la asamblea como miembro de la comisión redactora. Lamentablemente, no se conservan las actas del Congreso, pero por diversos testimonios sabemos que algunos puntos de esta primera sesión desataron animados debates y exigieron incluso modificaciones en los proyectos. Entre los documentos desclasificados del Fondo Ingenieros se encuentra un texto impreso por los disidentes proponiendo la modificación de la Declaración de Principios.

En la redacción de Justo, el método de la insurrección proletaria no estaba descartado, pero sólo quedaba contemplado como vía excepcional en tanto y en cuanto la burguesía conculcase los dere-

chos políticos. De cualquier modo, parece razonar Justo, sea cual fuese el resultado final de la emancipación proletaria (vía pacífica o violenta), el único camino que la prepararía sería el de su autoorganización para la acción política. En cambio Lugones e Ingenieros imaginan un escenario de insurrección «clásica», donde la burguesía armada resistiría a un proletariado que necesariamente debería recurrir a la violencia revolucionaria para imponer su triunfo después de acumular poder a través de un período de acción legal. Esto sólo podía expresarse elípticamente en la Declaración de Principios de un partido que buscaba conquistar su plena legalidad y es así que la tendencia izquierdista propone el siguiente Proyecto de reforma:

**PROYECTO DE REFORMA
A LA
DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS
Presentada por el Comité Ejecutivo
DEL
Partido Socialista Obrero
Al I° Congreso del mismo en la Argentina**

Donde dice: «Que esta revolución resistida por la clase privilegiada solo puede ser llevada a cabo por la fuerza del Proletariado organizado,»

Sustituir:

Que mientras la burguesía respete los actuales derechos políticos, esa fuerza consistirá en la aptitud del Pueblo para la acción política y la asociación libre.

Que este es el camino por el cual la clase obrera puede llegar al poder político y el único que la puede preparar para practicar con resultado otro método de acción si las circunstancias se lo imponen.

Por tanto: el Partido Socialista Obrero llama al pueblo trabajador a alistarse en sus filas de partido de clase, etc., etc.¹²

La enmienda de los izquierdistas fue votada por la mayoría (29 votos contra 3) e incorporada a la Declaración de Principios. Justo recién logró votar su supresión en el Segundo Congreso partidario de 1898, cuando el ala romántico-revolucionaria había perdido dentro del partido el peso conquistado entre los obreros socialistas en los años 1896-97.

Por:

Que mientras la burguesía respete los actuales derechos políticos y los amplíe por medio del sufragio universal, el uso de estos derechos y la organización de resistencia de la clase trabajadora serán los medios de agitación, propaganda y mejoramiento que servirán para preparar esa fuerza.

Que por este camino el proletariado podrá llegar al poder político, constituirá esa fuerza y se formará una conciencia de clase, que le servirán para practicar con resultado otro método de acción cuando las circunstancias lo hagan conveniente.

Es que la vida partidaria conoció estos años no pocos sobresaltos, en buena medida provocados por Lugones e Ingenieros en su calidad de élite artístico-intelectual, y que trajeron como consecuencia el recelo de buena parte de los trabajadores del Partido. Lugones había colaborado con Payró, en mayo de 1896, en la creación del Centro Socialista de Estudios. El obrero de origen alemán Augusto Kühn cuestionó desde las páginas del semanario **Vörrwärts** la pertinencia de un centro *especial* consagrado a los estudios, cuando era todo el partido el que estaba necesitado de formación socialista. Ingenieros defendió la iniciativa de sus amigos Payró y Lugones desde las páginas de **La Vanguardia** (Tarcus, 2007a).

Pero el partido se conmocionó cuando Lugones publicó en el diario **El Tiempo**, cuya redacción integraba, su «Saludo» a Luis Amadeo de Saboya, el hijo del rey Víctor Manuel II. El duque de los Abruzzos había llegado de visita a la Argentina en julio, y los medios de la élite lo recibieron jubilosamente. Lugones, buscando *épatéur le bourgeois*, ensayó allí un diálogo imaginario con el duque apelando a un común código aristocrático: el Artista, esto es, el aristócrata del Arte, se dirige a un aristócrata de la sangre. Es así que se representa imaginariamente ante el duque, besando su mano («besaría lo mismo el tobillo de Su Santidad, arrodillado. Mi alma permanecería en pie») y diciéndole: «Príncipe,[...] el Pueblo también tiene su heráldica. Usa una cucarda roja. Yo la uso». Y le habla a continuación de un país que forzosamente le va a estar vedado cuando transite los salones de la élite porteña, la Ópera o los jardines de Palermo: el país de Sarmiento, de Rosas y de Alem, el país que cuenta con veinticuatro mil niños analfabetos, el país de los artistas... Hay en Buenos Aires veinte mil almaceneros, escribe Lugones, «que odian desastrosamente el arte». Y concluye: «Yo no encuentro obstáculo en mi socialismo, Señor, para besar vuestro noble mano. La pezuña del cerdo burgués es lo que me horroriza» («Saludo», en **El Tiempo**, 11/7/1896, reprod. en **Las primeras letras...**).

La Vanguardia no comprende el gesto lugoniano y estalla una crítica anónima —redactada por el obrero carpintero Domingo Risso, inmigrante italiano—: el saludo de Lugones al duque «no es ciencia, no es socialismo, ni otra cosa que se la parezca. Es acrobatismo puro. En nuestro partido no caben los autores de semejantes artículos». Risso reclama al Comité Ejecutivo nada menos que la expulsión. Lugones replica con una carta «A la Dirección de *La Vanguardia*» donde se queja de la interpretación literal de su texto: «parece que es perjudicial hablar de socialismo con un poco de estilo, con un poco de gramática, con un poco de arte también, como si una de las más graves dificultades con que tropieza nuestra idea no fuera la dolorosa falta de cultura intelectual en que la inmensa mayoría de los obreros se encuentra». Porque tiene «una idea más alta del Pueblo», Lugones no quiere hacerle llegar «la impasible vulgaridad de la cartilla periodística»: él mismo ha permanecido en su seno «para aprender a hablar en buena lengua del pueblo y para el pueblo» y desde ese aprendizaje quiere enseñar y educar en buena prosa.

Lugones pregunta a cuatro socialistas de su estima si su artículo justifica su expulsión del partido, e incluye sus respuestas a final de su nota. Antonino Piñero responde escuetamente «no»; Payró,

¹² En Fondo José Ingenieros, CeDInCl.

que se trata de una cuestión «de arte» y no de política; Justo, fiel a su estilo, responde: «Creo que el artículo del compañero Lugones sobre el príncipe de los Abruzzos, aunque encierra ideas completamente reñidas con nuestra teoría, no da argumento para la expulsión del autor del seno del Partido, como no lo da ningún error que no sea de carácter práctico». Ingenieros, en cambio, atiza la polémica: responde a la pregunta de su amigo «Absolutamente no» y añade: «pero en manos de quien no pueda o no quiera entenderlo, puede motivar interpretaciones absurdas» (**La Vanguardia**, 1º/8/1896, transcripto en **Las primeras letras...**, 1963: 49-50).

Aunque Justo pusiera paños fríos al conflicto, no es difícil imaginar la sensibilidad herida de los trabajadores socialistas frente a los gestos aristocráticos de Ingenieros y Lugones. Ingenieros, por su parte, asiste de galera y levita a un acto del 1º de Mayo. Larra pone en su boca el siguiente diálogo con Roberto Payró:

—Debemos ir al mitin del 1º todos de gorra, así conseguiremos estar a tono con los obreros —dijo Payró en tono imperativo.
—¿Por qué?—le pregunta Ingenieros. Y agrega:
—Yo iré como siempre, calzando galera y vistiendo levita.
—¿Piensas, entonces, hacerles sentir la superioridad?
—De ninguna manera. Yo aspiro a que todos puedan usar galera, es decir, que haya entrada franca a la vida para todos, a la completa redención de nuestro destino sobre la tierra (Larra, 1938: 31).

Semanas después del éxito de los revolucionarios en el Congreso partidario, estallan las discusiones en el seno del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista Obrero Argentino acerca de la utilidad de la lucha política. Envuelto en estas discusiones, Ingenieros ha quedado en minoría en el CEN y decide renunciar a la membresía para la que lo había elegido el Congreso en junio. Pero desde el llano, se propone articular la oposición a la acción político-parlamentaria en el seno del Partido y es así que el 25 de julio de 1896, le dirige al obrero Juan Toulouse, uno de los militantes del Centro de Barracas al Norte que animaban el ala revolucionaria y que había sido elegido miembro suplente del CEN, la siguiente carta:

Estimado Toulouse
¿Ha visto las porquerías que nos están haciendo los aspirantes a diputados y los serviles que los rodean?
A mí me han hecho aparecer como renunciante del Comité Ejecutivo, a Lugones le dicen en *La Vanguardia* la mar de porquerías. Si siguen así, son capaces de transformar el Partido Socialista en un rebaño de mansos corderos.
Mañana domingo a la 1 de la tarde lo espero en el Centro Socialista de Estudios, pues debemos hablar algo muy importante sobre estos canallas.
De todas maneras, espero que Usted no irá a la reunión de Flores, para demostrarles que sin nosotros no valen nada.
Lo espero a la 1 en el Centro Socialista de Estudios.
Salud y revolución social

José Ingegneros¹³

Toulouse hizo pública la carta en el partido y estalló el escándalo. Un grupo de once afiliados, la mayoría de extracción obrera, reclamó al CEN la expulsión. La retractación de Ingenieros no conformó, y el CEN resolvió suspenderlo por diez meses. Ingenieros protesta, pide una asamblea partidaria para explicarse y el CEN, en respuesta, llama al voto general de afiliados para que ratifique o rectifique su decisión. Ingenieros lanza un manifiesto: «A mis compañeros, los trabajadores socialistas» (agosto 1896) denunciando una maniobra. El Centro Socialista Obrero lo invita a exponer sus explicaciones, pero Ingenieros se sabe en minoría y responde con la renuncia. El Centro Socialista Universitario, del que fuera fundador, no lo apoya, pero en cambio encuentra pleno respaldo en el Centro Socialista de Barracas al Norte, que reclama al CEN su rehabilitación.

Todavía en febrero de 1897 el asunto no se ha resuelto, e Ingenieros lanza un manifiesto público: «A los trabajadores afiliados en el Partido Socialista Obrero Argentino». Toulouse y los impugnadores responden con otro: «A los trabajadores afiliados en el Partido Socialista Obrero Argentino que quieran conocer a José Ingegneros», donde no ahorran calificativos: intrigante, mentiroso, hipócrita, ambicioso... Pero más allá de los desplantes de Ingenieros y las invectivas de sus impugnadores, es interesante remarcar que a la confrontación entre reformistas y revolucionarios, se sobreimprime otra: intelectuales/trabajadores. Ingenieros, en su manifiesto, recalca que en el seno del CEN lo había defendido «el trabajador Pizza»; en el manifiesto contra Ingenieros, se le retruca que entre quienes lo sancionaron se encontraban «los *trabajadores* S. Feldman y H. Curet» (subrayado en el original). Ingenieros es acusado ahora de haber recortado trozos de literatura socialista «para darse bombos de *autor*, cuando, a sus diecisiete años empezaba a estudiar y conocer nuestras ideas»; y haber halagado luego a las bases obreras para convertirse en su *caudillo*.

Las acusaciones entre una parte y otra dividieron el frente izquierdista de junio de 1896, pero de todos modos el autor de «¿Qué es el socialismo?» contaba con el respaldo de muchos compañeros y era capaz de llevar adelante una intensa campaña en defensa propia: argumentó que sólo fue de una broma «de mal gusto», que se trataba de una carta «privada» que el partido no tenía derecho a juzgar, envió cartas a los afiliados y, por sobre todas las cosas, no abandonó nunca la propaganda socialista. Ingenieros era un publicista útil al partido y Justo no era amigo de las querellas internas, de modo que en mayo de 1897 la suspensión fue levantada. El Fondo Ingenieros alberga correspondencia y documentos varios de este episodio penoso pero revelador.

Entre abril y septiembre de 1897 Ingenieros y Lugones logran lanzar, para escándalo de las «fuerzas vivas» de la ciudad, su propio medio de prensa, un quincenario que rivaliza tanto en agresividad de estilo como en doctrina con el socialismo reformista de **La Vanguardia**. Se trata de **La Montaña. Periódico socialista**

el Partido Socialista Obrero», Buenos Aires, sin fecha [febrero 1897]. Fondo José Ingenieros, CeDInCI.

¹³ Transcripta en el manifiesto de Ingenieros «A los Trabajadores afiliados en

revolucionario, cuyo primer número apareció fechado el «12 Vendimiario del año XXVI de la Comuna» (el 1° de abril de 1897 de la «E. V.», esto es, de la «Era Vulgar»). Su primera sección, «Estudios sociológicos», incluía normalmente tres artículos, casi siempre traducciones del francés o el italiano, que enfocaban cuestiones doctrinarias del socialismo: temas tales como «la sociedad sin Estado», la teoría del materialismo histórico, el trabajo y el salario de la mujer, el socialismo y la libertad, la concentración capitalista y otros semejantes, eran presentados bajo un rótulo que buscaba autorizarlos con el rigor de lo científico-sociológico.

La segunda sección —«Arte, Filosofía, Variedades»— distinguió aún más a **La Montaña** respecto de **La Vanguardia** y otros periódicos socialistas. La sección artística y cultural no ocupaba un lugar subalterno en el periódico, sino que constituía una sección fija y relevante, lo que hizo de **La Montaña** un periódico que conjugó audazmente arte y política. Tal es así que Mario Centore, el director de uno de los periódicos hermanos del quincenario —**El Pueblo** de Valparaíso, Chile— saludaba la aparición de **La Montaña** con un artículo titulado «Sobre arte y socialismo» (**LMt** n° 3, 1°/5/1897: 70). A diferencia de la anterior, es probable que esta sección fuese preparada en su mayoría por Leopoldo Lugones, quien le imprime una agresiva orientación modernista, denostando como superados a movimientos como el realismo o el romanticismo.

Ya postulé en otro lugar que **La Montaña** se movió entre el modernismo y el socialismo revolucionario, constituyendo acaso el primer intento local de articular vanguardia política y vanguardia artística, incluso cuando esta última no se identificaba aún con ese término (Tarcus, 2007a). Ya en la primera entrega, la sección artística se abre con el poema «Metempsicosis» de Rubén Darío y números subsiguientes aparecen poemas del peruano José Santos Chocano y el propio Lugones. Sin embargo, la mayor parte de los textos están tomados de la prensa francesa (y en menor medida italiana) y reproducidos en su lengua original. Encontramos en la sección, entre otras firmas, las de los franceses Paul Verlaine, Gustave Flaubert, Adolphe Retté, Octave Mirbeau, Paul Mink, Alina Valette; y las de los italianos Adone Nosari, Ada Negri, entre otros.

Como ha señalado Madelaine Rebérioux respecto del mundo artístico e intelectual francés, el rechazo al conformismo había ganado a lo largo de la década de 1890 «a sectores vinculados a la literatura, e incluso a la pintura: impresionistas, como Pissarro y Signac, poetas y novelistas, sobre todo simbolistas, como Laurent Pailhade, Francis Viélé-Griffin, Stuart Merrill y Pierre Quillard, Octave Mirbeau y Paul Adam, y en el último extremo Mallarmé. En las revistas donde colaboraron —**La Plume** desde 1889, **Les entretiens politiques et littéraires** desde 1890, **La Revue Blanche** desde 1891—, el inconformismo literario se asimila a la revuelta política, y el verso libre a la propaganda por la acción. ¿Anarquismo literario?» (Rebérioux, 1984: II, 225).

En mi trabajo ya citado he insistido en que no se trata propiamente de anarquismo sino de socialismo revolucionario, de inspiración sobre todo francesa (Tarcus, 2007). Sostuve allí que Lugones e Ingenieros, desafiando el carácter filisteo de «la pro-

sa del mundo» burguesa, levantan, de un lado, la literatura modernista (con toda una serie de ecos románticos y simbolistas) contra el canon neoclásico; y de otro, se inspiran en la vertiente socialista revolucionaria y antiparlamentaria cuyo portavoz por aquellos años era el periodista y militante francés Jean Allemane (1843-1935), contra el socialismo reformista y parlamentario, cuyos exponentes habían sido los socialistas lassalleanos de la Asociación *Vorwärts* y, en 1897, Juan B. Justo y el sector que lo apoyaba en el seno del Partido Socialista.

Las tareas vinculadas a la redacción del periódico y al cobro de las suscripciones, así como la organización de actos en los teatros porteños para sostener controversias y reunir fondos, amén de las lecturas en el Ateneo y de las ocupaciones particulares de cada uno (el periodismo en Lugones, los estudios de medicina en Ingenieros), llevaron a los dos amigos a desatender las reuniones ordinarias del Partido. Ante una reconvencción que les dirigió el Comité local, los dos amigos respondieron con la siguiente carta, la que nos da el tenor del clima de tensión que provocaban los gestos desafiantes de Lugones e Ingenieros en las filas socialistas:

Buenos Aires, 23 de noviembre (e.v.) 1897

Al Secretario del Comité Local del P.S.O.A, S. Montagnoli

En contestación de la nota que con fecha 22 de corriente nos ha sido dirigida por la secretaría de ese Comité, debemos decir:

- 1° Que bajo ningún pretexto permitiremos amonestaciones de ningún género, ni notas con entonación autoritaria, vengan de donde vinieren;
- 2° Que nuestra asistencia a las reuniones del Partido Socialista, es firmemente voluntaria i por afinidad integral, pues tenemos por costumbre no hacer sino lo que nos da la gana, por entender que así es conforme con los principios del Socialismo;
- 3° Que la carta orgánica del Partido, aprobada por su Soberano Congreso en 22 de Junio de 1896 no autoriza a los comités locales para imponer á los afiliados su concurso en las reuniones de propaganda;
- 4° Que si hemos incurrido en falta, el Comité ha debido proceder a acusarnos ante quien corresponda; pues sino no la ha habido, toda amonestación equivale a una intolerancia;
- 5° Que las resoluciones de los Comités socialistas no deban en ningún caso (el presente, por ejemplo) agredir la autonomía é iniciativa libre de los afiliados;
- 6° Que pedimos al compañero secretario se abstenga en adelante de remitirnos notas como la que contestamos, pues quedarán indefectiblemente sin respuesta;
- 7° Salud y Armonía Social

José Ingegnieros L. Lugones¹⁴

¹⁴ Las siglas E.V. a continuación de la fecha quieren decir Era Vulgar. Borrador. Fondo José Ingenieros, CeDInCI.

Socialismo revolucionario y modernismo en el Cono Sur

Sabíamos por las correspondencias que publicaba **La Montaña** que a lo largo de los meses que van de abril a septiembre de 1897 han crecido los vínculos con los jóvenes de Chile y del Uruguay animados por análogas sensibilidades.

Se produce un fluido intercambio de periódicos y revistas, poemarios y folletos políticos; en cada país se reseñan las publicaciones de los países hermanos y se intercambian correspondencias. La temprana formación del socialismo argentino es un poderoso estímulo para las todavía emergentes vanguardias socialistas de Santiago, Valparaíso y Montevideo, adonde llegaba regularmente **La Vanguardia** pero ahora, en 1897, venía a sumarse **La Montaña**. Este último atraía especialmente a los jóvenes que se interesaban al mismo tiempo por el socialismo y cultivaban las letras modernistas. No nos olvidemos que Darío venía de publicar **Azul** en Chile, donde había dejado cierta siembra literaria, y que en Montevideo aparecía desde 1895 la **Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales**, editada por Víctor Pérez Petit y José Enrique Rodó.

Lugones e Ingenieros se cartean y traban amistad con diversas figuras allende la cordillera: Mario Centore, médico y escritor tacneño, futuro miembro del Ateneo de Lima, que para 1897 reside en Valparaíso como editor de la página literaria de **El Pueblo. Diario de las once de la mañana, absolutamente defensor de las clases trabajadoras**; con el obrero pintor Luis Olea, uno de los editores de **El Proletario** de Santiago; con el sindicalista mecánico Magno Espinoza; con el escritor libertario Alejandro Escobar y Carvallo; con el profesor y futuro esperantista Luis E. Sepúlveda Cuadra y el escritor Francisco Garfias Merino, fundador de la revista literaria **La Antorcha** y del Ateneo de la Juventud de Valparaíso (Tarcus, 2010).

La intensidad de la correspondencia viene a corroborar lo que Escobar y Carvallo señalaba en sus «Memorias»:

...en Buenos Aires acababa de salir a la luz una importante revista, **La Montaña**,... y a cuyos redactores, Leopoldo Lugones, gran poeta, y José Ingenieros, escritor y aventajado estudiante de Medicina, podía dirigirme en demanda de consejos.

Escribí, entonces, tímidamente al primero, exponiéndole mis deseos y solicitándole orientación. Le describía la situación de atraso y de pobreza de la clase obrera chilena... A vuelta de correo recibí una extensa carta de Lugones refiriéndose al Socialismo... Su generosa amistad se manifestó luego enviándome un paquete de libros...

Desde el año anterior mantenía correspondencia con José Ingenieros, cofrade de Lugones, y redactor de **La Montaña**. Por esa época publicó su libro **La mentira patriótica**, de gran resonancia en América. El notable escritor me favoreció con un ejemplar con dedicatoria autógrafa y se estableció entre nosotros una verdadera amistad intelectual... (Escobar y Carvallo, «Memorias», Santiago de Chile, 1959, cit. en Tarcus, 2010).

Del otro lado del Río de la Plata, llegan correspondencias del obrero marmolero José Capelán; el periodista catalán José Puig y Roig; y el periodista socialista y masón Adolfo Vázquez Gomes, editor de **El intransigente** de Montevideo, diversos afluentes que van a contribuir, entre 1896 y 1910, al proceso de fundación del Partido Socialista del Uruguay (López D'Alessandro, 1994: 118 y ss.).

De todo este cúmulo de correspondencia, transcribo aquí una de las cartas de Mario Centore a Ingenieros, muestra más que elocuente respecto de la unidad programática entre modernismo artístico y socialismo revolucionario que, tal como venimos sosteniendo, hermanaba a esta generación de latinoamericanos. Centore no solo encumbra a Lugones por encima del mismísimo Darío, sino que ensaya una singular interpretación de la nota consagratoria del nicaragüense sobre Lugones, «Un poeta socialista». Leamos:

Mario Centore
A José Ingenieros
S. y R.S.

Mi amigo muy querido:

En mi poder sus dos simpáticas epístolas. Esta mía es una contestación a ambas.

Gracias, muy sinceras gracias ante todo, por su real envío «Rituales de Aurora». Es una página brillante que muestra a Ud. bajo una fase de artista que me confirma en mi opinión de que es Ud. uno de los escojidos de esta América democrática que odia decididamente, estúpidamente, burguesamente, al divino y maldito Arte.

Si algo vale, mi palabra de aliento la tiene usted con todo entusiasmo. Adelante. Usted mismo lo ha dicho: «En la lucha se conquistan los laureles». Y después «los tristes —es decir, los fuertes— son los vencedores», en la exposición de nuestro querido y genial hermano de armas; ese bello y grande de espíritu, que es el primero y más hondo pensador-artista de América del Norte, de América del Centro y **South América**. Y uno de los primeros del Mundo también, pese a grandes y pequeños: los Rubén Daríos o Arturo A. Ambrogis¹⁵ de cualquier parte. Ha propósito. Rubén Darío es ciertamente un admirable artista, un original poeta, un hermoso talento, en suma; pero, ¿dónde [está] en él el fuerte creador de cuya **primera ley** da la fórmula él mismo; dónde siquiera el pensador **humano**? Hay muchos —y hubiera podido haber aún más, a no ser por la Eterna Segadora— Rubén Daríos en América: Ricardo Jaimes Freire, Diego Dublé Urrutia, Alberto Salomón, —oh! muchos!— entre los vivos; Julián del Casal, José Asunción Silva y Gutiérrez Nájera, entre los idos. En cambio, Lugones no hay más que uno. Díaz Alivon, Chocano, Andrés A. Mata, etc., los más fuertes poetas de América —vale decir, los verdaderos poetas jóvenes de América— hoy, son partículas de Hugo, Verlaine, Lecomte, etc. Lugones, entre éstos, es... Hugo mismo. ¿Quién sería osado así a disputarle el trono? Y si para

¹⁵ Arturo A. Ambrogio (1874-1936) era un escritor y periodista salvadoreño que conoció a Darío a los 16 años de edad. En su paso por la Argentina trabó relación con José Ingenieros.

algunos, hasta hoy, la corona del Rey —«Su Majestad Literaria»— ha ceñido las sienes de Darío, para los más —esto es, para los mejores— el cetro no se dio jamás a aquel que los menos ensalzaron Sacerdote, Dios y Apóstol...

Y con o sin «Las Montañas del Oro» que usted me anuncia se publicará luego allá, Lugones tendría, en el gran Reino del Arte, la consagración. «Un poeta socialista», el juicio-presentación de Darío me ha hecho por eso sonreír íntimamente, cuando (no ciertamente entre líneas) lo leí en EL TIEMPO, el buen diario bonaerense. En ese juicio, el poeta socialista, sol naciente, hace una sombra densa al poeta burgués —porque Darío, con su alto Arte y todo, es un burgués— y hay mucho de gloria refleja de la luz que es esa sobra sobre la bondadosa gravedad del crítico que hace de padrino.

Así, al vuelo, tal es mi pensamiento sobre esto de «la corona que ha ceñido las sienes de Darío». Con no entera imparcialidad, sin duda. Pero le emplazo a Ud para mis «Intelectuales Latino Americanos», que será mi primera obra de aliento y donde haré justicia.

Y otras a propósito. A principios de diciembre dejaré esta tierra de Chile, rumbo a toda América, en pos del Arte y del Ideal. Se trata de una como jira alrededor del continente, en busca de datos personales, obras —documentos psicoartísticos y fisiológicos, en suma— para la composición de mi obra proyectada. Los medios de vida espero ganármelos en la Prensa y la Tribuna; es decir, escribiendo para los diarios libres (!) de las ciudades que visite y dando conferencias sobre Arte, Socialismo, etc., según el medio ambiente de las mismas. Haré así, a la vez, mi obra y alguna propaganda por nuestra Obra. Estaré ausente un año, más o menos. Y acabada la excursión iré a esa gran Buenos Aires a estrechar a Uds. fraternalmente la diestra y a editar mi libro. Querrían decirme ahora, Ud. y Lugones, qué opinión les merece mi pensamiento a realizarse? Espero la palabra de Uds. lo antes posible, para recibirla aquí, y junto con ella, mucho les agradecería me enviaran una colección de «La Montaña» (no importa sin empastar), pues solo me quedan números sueltos de cinco o seis fechas; y si no les es gravoso, algunos canjes socialistas y literarios de los que tengan sobrantes.

En cuanto a «Las Montañas del Oro», que Lugones me haga el bien de favorecerme con dos ejemplares, apenas aparezcan. Y Ud. envíeme en fin todos sus trabajos publicados escepto los de «La Montaña», que tengo ya coleccionados (Precisamente estas colecciones han dado fin a las otras del periódico).

La «Unión Socialista» sigue funcionando. Es indigna de ninguna consideración. Sin embargo, en obsequio a la buena armonía que Ud. me aconseja tan discretamente, procuraré, antes de partir, el acercamiento.

Y respecto de C. Aratta, lo que Ud. me observa lo sabía yo también. Pero hay que ser parcial, mi buen amigo. Hay que levantar a un intelectual como Aratta por encima de cualquier Pérez Petit, en bien de la Obra. Además, este Pérez Petit, que Ud. no juzga mal, ha dicho también cosas perfectamente estúpidas, tratándose de Arte, y se ha revelado un ignorante, no una sola vez. Por ejemplo, recuerdo el juicio del tal sobre Darío, a propósito de «Prosas profanas», publi-

cado en la Revista Nacional. Allí habla del movimiento artístico de América, tan estúpidamente como no se ha hablado nunca. Y hace por ignorancia lo que yo por parcialidad; y no hace de tal suerte, que da grima. Y se puede ver en ese juicio, siguiendo a Darío, y todos híbridamente amalgamados, a nuestro Lugones junto a un Julio Baubill y a un Pedro Naón, a Adolfo García junto a un [Abraham Zacarías] López Penha; a [José Santos] Chocano, a [el tacneño Federico] Barreto, a [Ricardo] Jaimes Freire, junto... a un Santiago Espinoza, entre todos los imbéciles literarios del mundo, el más imbécil. Por lo demás, en más de una ocasión, he creído haber hecho justicia al Pérez Petit de otros trabajos, y en adelante haré lo mismo.¹⁶

Contestadas sus dos simpáticas epístolas, aunque muy a las carreras. Y este grato deber cumplido, no es menos grato decir a Ud. Salud! con mis mejores afectos de hermano que le quiere y le admira.

A Lugones y a Ud. mi constante recuerdo les pertenece entera y afectuosamente.

S.y R.S.

Mario Centore

Valparaíso, Novbre. 15/1897

P.S. Antes de partir y después de su respuesta, les escribiré aun una vez desde aquí!

No olvide mis encargos. Vale.¹⁷

En octubre de 1897, cuando los editores de **La Montaña** habían tejido una significativa red entre los jóvenes de su generación en torno al programa modernista-revolucionario, se dirigieron a sus suscriptores con el siguiente anuncio:

La Montaña

Periódico Socialista Revolucionario

Casilla Correo 1337

Buenos Aires, Octubre 1 de 1897

A los amigos y compañeros:

Dos motivos nos inducen a interrumpir durante un trimestre la publicación de LA MONTAÑA:

La necesidad de dar a nuestra publicación un carácter y un formato más en concordancia con su próxima función de órgano intelectual de la juventud socialista de Sud América;

La imposibilidad de consagrar a su redacción, durante ese tiempo, toda la actividad que requiere, debido a la proximidad de la época final del año que recarga excesivamente de tareas a la juventud que estudia;

¹⁶ Hasta la maduración de la obra de Pedro Herrera y Reissig, fue la **Revista Nacional** de Montevideo la que, a través de Pérez Petit y de Rodó, introdujo la obra de los modernistas argentinos, como los poetas Pedro J. Naón y Julio Bambill.

¹⁷ Fondo José Ingenieros, CeDInCI, 4 folios, manuscrita.

LA MONTAÑA continuará sus publicaciones en Enero próximo, como revista mensual, en las condiciones indicadas en el prospecto adjunto. Será remitida solamente a los suscriptores que hayan abonado el importe de los trimestres pasados.

A todos los que han acompañado, cooperando a su brillante éxito, un apretón de manos; nuestra promesa, indudablemente superflua, de permanecer independientes como hasta hoy; y la esperanza de que continuará a nuestro lado en la tarea que iniciamos en pro del Arte y del Socialismo.

José Ingegnieros – Leopoldo Lugones

el lirio Rojo

Revista mensual de estudios sociológicos y literarios

Colaboración de

Carlos Alfredo Becú; Augusto Bunge; Rubén Darío; Macedonio Fernández; José Ingegnieros; Juan B. Justo; Leopoldo Lugones; Carlos Malagarriga; Roberto J. Payró; etc.

Formato = La Revue Blanche, París
(25 x 16 – Cada número 64 páginas)

Suscripción

Rep. Argentina : Bimestre 1.00 \$; Año: 6.00 \$ — Exterior: Año: 15 Francos.

Correspondencia y suscripciones a: «LA MONTAÑA». Casilla Correo 1337
Buenos Aires

Como ya sabemos, Justo no abrigaba la menor simpatía por **La Montaña**, y en modo alguno quería ver su nombre involucrado en una futura revista que amalgamase arte con política. Es así que le dirigió a Ingenieros la siguiente misiva:

Oct. 14 de 1897

Amigo Ingegnieros:

Le ruego que en cualquier otro anuncio que se haga de una futura revista evite el poner mi nombre porque, como Ud. sabe, aunque gran admirador del arte, no soy absolutamente capaz de cultivarlo, y mal puedo figurar entre los colaboradores de «El Lirio Rojo», periódico que, por su título como por su índole, tiene que ser esencialmente libertario.

Deseando el mayor éxito para la nueva y simpática empresa que Ud. y Lugones acometen, lo saludo afectuosamente

J.B. Justo

Avenida Rivadavia 1727

Como ha señalado con acierto Javier Franzé, existía una contradicción insalvable entre el socialismo de Justo, por un lado, y el de Lugones (e Ingenieros, añadimos nosotros), por otro. El socialismo justista es un clásico representante de la Segunda Internacional y, más aún, de la línea de la socialdemocracia alemana. La emancipación del trabajador es en esta concepción el resultado de las condiciones que ofrece a la acción política proletaria el propio desarrollo capitalista. «El socialismo, así, se planteará el lugar del proletario en la sociedad futura como fin de su identidad de trabajador asalariado. Por su parte, el modernismo se planteará la ausencia de reconocimiento del artista en la sociedad presente, y buscará recomponer ese lugar a partir de la negación de toda mediación del mercado: se trata de recuperar el prestigio del oficio en cuanto tal. El ahora intelectual a la fuerza, busca rehacerse con la identidad del artista, recuperar el reconocimiento y el lugar social perdidos». El socialismo, para Justo como para Bernstein, es más un camino que una meta, un proceso largo y paciente de acción política y transformación gradual; mientras que para los modernistas revolucionarios, el fin lo es todo, y el movimiento nada, porque el movimiento implica andar por este mundo, recorrerlo en la certeza de que hay en él caminos que conducen a otro lugar. Lugones no concibe tal experiencia, porque el mundo existente es para él todo desarraigo, escisión entre espíritu y necesidad, pensamiento y cuerpo, interioridad y exterioridad (Franzé, 1998).

La experiencia de *El Mercurio de América*

El Lirio Rojo no alcanzará a publicar siquiera un primer número, pero otra revista vino enseguida a ocupar su lugar. El 20 de julio de 1898 aparecía la entrega inicial de **El Mercurio de América**, dirigida por el poeta Eugenio Díaz Romero (1877-1927). Como ya queda dicho, la revista contó con la colaboración de Darío y los jóvenes modernistas que lo escoltaban en el Ateneo, los mismos que por las noches animaban los ritos y ceremonias de La Syringa. Según la pintoresca descripción de uno de sus miembros, la redacción del **Mercurio** consistía en un pequeño cuarto, ubicado estratégicamente en la calle Florida, «por cuyas ventanas penetraba a torrentes el agua en los días de lluvia y donde el viento encontraba mil flautas para rimar extraños acordes; cubierto con una vieja y pomposa alfombra roja; ostentando en sus paredes un retrato de Verlaine y una caricatura de Darío, la figura encubierta por un velo encarnado de la Fabiola de Wiseman y un dibujo prerrafaelita de Venus surgiendo de las hojas de un nelumbo; con viejos divanes pretenciosamente moriscos, y un estante cargado de libros escritos en los más diversos idiomas, muchos de los cuales conservaban las huellas de una intacta virginidad, era el templo donde una veintena de poetas, literatos, filósofos, pintores, músicos y aprendices, oficiaban en el ritual del Arte en su postrera manifestación» (Goycochea Menéndez, 1902).

El Mercurio, considerada «la más valiosa de las revistas que produjo el modernismo» (Lafleur, 1968: 29), apareció mensualmente durante dos años. En sus páginas Darío despidió a Mallarmé; Jaimes Freyre avanzó su **Castalia bárbara** y Lugones anticipó **Los crepúsculos**.

culos del Jardín; Matías Calandrelli, Díaz Romero y Rodó discutieron la poética modernista y el lugar que le correspondía a Darío e Ingenieros dio a conocer sus primeros artículos de sociología. Además, y para retomar el paralelismo, los dos amigos siguieron la actualidad bibliográfica mundial: Lugones tuvo a su cargo la sección «Letras francesas», e Ingenieros, la sección «Letras italianas».

Ingenieros publicó en dicha sección una crónica sobre las obras recientes de Gabriele D'Annunzio, globalmente elogiosa aunque matizada con diversos reparos: «Sin embargo —añadía—, esto no basta para autorizar ni explicar las absurdas e injustas invectivas de nuestro Leopoldo Lugones contra D'Annunzio, en las que, sin duda, se revela una tendencia a sentar plaza de verdugo literario. Verdad es que el talento da derechos y privilegios, y yo soy de los primeros en defenderlos; pero no es menos cierto que el talento no ha dado en ninguna época el derecho del Absurdo y la Injusticia» (**Mercurio de América**, n° 2-3, agosto-septiembre 1898, p. 154).

Días después, Ingenieros recibe esta carta de su amigo:

[Buenos Aires, agosto o septiembre de 1898]

Querido compañero:

me gusta! Franco i duro: es mi sistema. EL suaviter in modo... etc., resulta vulgar excusa de impotentes.

Injusto y absurdo, está bien; así le pareció a usted, i así lo dijo: mejor todavía.

En lo de «verdugo literario» el injusto es Vd. ¡Verdugo yo, i sobre todo de D'Annunzio! Hai muchas leguas de aquí a Milán. Luego, esa tragedia representada por la Sarah i por la Duse; luego, esa diputación; luego, ese triunfo sobre los hemisferios del Planeta... ¿No le parece a Vd. que ya entramos casi en lo absurdo? No acepto el oficio, al cual me supone usted pretensiones. Yo hago mi ameriquita como puedo, i nada más. Solo que esto tampoco me obliga a admirar al Señor D'Annunzio, i lo siento, pues me veo privado de un placer; reconozco en Vds. esa ventaja sobre mí. Por supuesto, he expresado mi opinión aunque sin discutir el prodigio; he dicho que ese Gabriel de no sé qué anunciaciones (vea: Gabriel D'Annunzio; el seudónimo es visible; oiga: «el ángel del Señor anunció a María»... así comienza la antifona del Ángelus; el tal ángel se llamaba Gabriel, precisamente. Y Vds. Que no creían en Pascual Rachetu del epigrama!) he dicho, pues, que ese Gabriel me parece un capón, o si se quiere un andrógino como diría Péladan, recordando por culpa de M. Thévenez el «Vice suprême» en sus relaciones con «ll piacere». He añadido que, fuera de los plagios, porque no me salgan con el robo i el asesinato de Boileau, la obra del ángel anunciador me parece un horrible montón de lugares comunes: v. gr.

«Tutto al mondo è vano.

Ne l'amore ogni dolcezza.»

Esto, que como idea i como expresión es lastimoso, da pretexto al Sr. D'Annunzio para labrar una multitud de estrofas en no sé cuál de los libritos que le editan los hermanos Treves; creo que en L'Issotéo — La Chimera. Naturalmente,

el bordado sobre semejante fondo, no luce mucho que diga-
mos, i recuerdo que a decir tal vulgaridad, salen, montando
cada uno su estrofa, Céfiro, Paris, Elena, Amadís, Diana,
Boccacio, Margarita de Navarra... Lo de siempre: Linda rima,
bello ritmo, i caprichos tan originales i tan nuevos como

miserable-

mente

interminable-

mente

deleznable-

mente

plagiable-

mente

¡Pregúntele al Sr. Pérez-Petit cómo se hacen estas cosas!

Y no es que yo quiera poesía filosófica. Vd. bien lo sabe. No; pero de esto a disculpar la vulgaridad, hai distancia. Además, Vd. coincidió conmigo en que el Señor D'Annunzio no piensa, aunque inventando una teoría —¡como siempre!— para establecer diferencias entre el artista i el poeta! Ahora, en serio, Vd. sabe perfectamente que no hai tal teoría. Se es una i otra cosa a la vez, o nada de las dos.

En resumen: D'Annunzio piensa mediocrementemente, o no piensa; es un plagiario; su eterno recurso de arte consiste en desnudar una mujer i en insinuar alguna «sutil injuria», para interesar a las mucosas exclusivamente; las mías, entre paréntesis, no se interesa: yo me duermo en las misas negras i demás inocentadas del repertorio.

Ya ve que esto no es de verdugo sino de buen hombre: así me pasaba con el finado Mallarmé; aquello no era para mí; no le hallaba gracia al pellejo vacío de la uva. Consecuencia:, según Ingegnieros: «Lugones, verdugo de Mallarmé».

¡Y qué quiere! Me gusta más el potro de Güemes, bárbaro i todo, que el poney domesticado de Franck Brown. O si Vd. quiere menos brusquedad, prefiero la seda de Albert Samain, el terciopelo ardiente de Eugenio de Castro —i no digamos las urdimbres salomónicas de Swinburne— a la algo-donería bizantina del diputado Pascual. Cuestión de gustos.

Mi juicio sobre éste, ya lo conoce Vd. —es un retórico. ¿Es más? No lo creo, pues se trata de un ensartado de palabras. Que hace bellas cosas, añadirán sus admiradores. Sin duda. Pero con retórica, no se hace más que retórica; no se hace ni arte, ni pensamiento —no se crea, en una palabra.

Para concluir, le pido que no diga más eso de verdugo. Falta hacen por aquí, a no dudarlo, pero yo no pertenezco a la especie, más que Rubén me llama «catapultante». Ahora, si no admirar a D'Annunzio implica lo otro, entonces llámeme Vd. como quiera, en la seguridad de que lo aceptaré. Pero Vd. no lo hará, conviniendo conmigo en que sería una exageración.

Un abrazo i R.S.

L. Lugones

Para no publicar, naturalmente.¹⁸

¹⁸ Tres folios, cinco carillas manuscritas. Fondo José Ingenieros, CeDInCl, copia. Original en posesión de su nieto Horacio Valla Ingenieros. Frank (y no Franck) Brown era un acróbata, payaso y empresario circense de origen inglés instalado tempranamente en la Argentina. Darío le consagró unos versos.

Seis meses después, en febrero de 1899 Ingenieros vuelve a la carga en el **Mercurio de América** con el tema D'Annunzio:

Y ahora vamos a mi Leopoldo que va siendo un caso en nuestro movimiento literario [...].

Lugones, tiene actualmente, una desfavorable predisposición contra todo lo que tiene saber a modernismo. Hay en esto cierta animosidad, de apóstata. Me explico. Lugones tuvo su crisis de modernismo y llegó en sus primeras erupciones hasta el límite extremo de lo que, con o sin acierto, se dio en llamar decadentismo. Hoy, que ya está en la cumbre, lo veo más cerca de Hugo y de Taine que de Verlaine o Mallarmé. ¡Y esta misma evolución lo hace cruelmente injusto con sus cofrades y maestros de ayer!

En un bello artículo sobre nuestro íntimo de arte y de corazón Rubén Darío, dice Lugones que es explicable la admiración de aquél por Mallarmé, y agrega, con una exclamación llena de fina ironía: «¡Pero por D'Annunzio!». Creemos en la sinceridad de la invectiva, aunque estas cosas no están exentas de cierto Lemís.

Ingenieros inserta aquí una nota al pie, donde se lee lo siguiente:

Darío, Becú, Díaz Romero, Pardo, Lugones, Llanos, Jaimes Freyre, Pagano, Ojeda y Nirenstein, miembros de la extinta *Siringa*, pueden informar sobre la significación de este término.

(«Letras italianas», en **EL Mercurio de América** año I, tomo II, febrero 1899, pp. 153-54)

Ya sabemos la «etimología» del «lemís» al que alude Ingenieros. Pero Lugones, que se ha casado en diciembre de 1896 y que en abril de 1897 fue padre de Polo, su único hijo, no quiere aparecer públicamente como miembro de La Siringa («Yo he contraído deberes que Ud. no tiene», le dirá en una de las próximas cartas). Ingenieros es ahora, y por muchos años más, un soltero gozoso de su soltería (como veremos enseguida, Lugones va a preguntarle: «¿*ça marche?*»). Además, Lugones se debe a una hermandad más íntima,¹⁹ la que comparte con Darío y con Ingenieros, antes que a las relaciones más laxas de camaradería que Ingenieros cultiva y disfruta (Sarlo-Altamirano, 1997: 177). Es así que, al leer la nota en el **Mercurio**, replicó a su amigo con la siguiente carta:

Buenos Aires, 5 de marzo [de 1899]

Ingenieros: - He visto con la sorpresa consiguiente que Ud. no ha sabido abstraerse al placer de un titeo por complacerme en algo que era perfectamente racional de mi parte, siendo un puro capricho de la suya. He sido sacrificado a una broma de dudoso buen gusto, i ello me mortifica, no por el hecho en sí, mas por verme obligado a poner desde hoy, entre yo i Ud. distancias que el mutuo cariño había salvado.

Creí que bastaría un pedido mío para que mi nombre no

se incluyera en la célebre *Siringa*, por buena que fuera la compañía. Me he equivocado, y con el fin de prevenir repeticiones posibles, usaré desde hoy restricciones y escasearé confidencias. Todo esto no quiere decir, naturalmente, que ni yo ni cuanto es mío dejemos de estar a sus órdenes; pero a fin de que Ud. no extrañara de visu mi nueva conducta, he creído prudente referírsele.

Avísole, además, que rectificaré en EL Mercurio la nota de Ud., en los términos duros que merece.

Créame siempre su buen amigo i sobre todo no dude de que lamento hasta donde es posible que una ligereza suya, imperdonable ya, me obligue a dar este paso.

Su amigo afmo.

Lugones²⁰

Ingenieros escribe una carta de respuesta el sábado 4 de marzo que no alcanza a despachar hasta el lunes. Esa carta se ha perdido, en cambio se ha preservado la que le escribe al amigo inmediatamente después, el lunes 6:

Lunes, mediodía [6 de marzo de 1899]

Lugones:

En un sobre, la adjunta carta esperaba, desde el sábado por la noche, una estampilla para llegar a sus manos. Aunque yo no le debo explicaciones de ningún género se la incluyo; puede servir de material ilustrativo.

Recibo, y acabo de leer, su carta delicadamente descortés. Es una puñalada, profunda, de esas que se reciben sin decir ¡ay!, resignadamente.

Su amistad, la mejor y la más intensa que he sentido, no puede tener —ni debe tener— para mí ninguna restricción; una telaraña interpuesta entre nosotros equivale a la gran muralla de la China.

Si Vd. cree que nuestra amistad debe tener restricciones, y nuestra mutua confianza límites, yo considero que debemos romperla de una manera absoluta y definitiva. Vd. mismo refiriéndose a Berisso decíame días pasados que con relaciones y desconfianzas, no puede haber verdadera amistad.

Si la nuestra no ha de ser verdadera, que no sea. Ni Vd. me necesita, ni yo lo necesito a Vd.

Lamento que no sepa distinguir cuáles, entre sus amigos, lo son de conveniencia y cuáles de corazón y de cerebro.

Todos no nos llamamos Luis.

Nunca he esperado nada de Vd., intelectualmente, porque en el terreno en el que yo actúo nada ha podido ni podrá darme. Mi amistad es amistad; y la amistad es total, o no es.

Si cree que podemos seguir siendo amigos, como lo hemos sido hasta hoy, sea. Amistad restringida no es amistad, yo no la concibo; y me estimo y lo estimo suficientemente como para no admitirla entre nosotros.

Ser o no ser.

¹⁹ Sobre este tipo de vínculos a los que era afecto Lugones, me permito remitir a mis **Cartas de una hermandad** (Tarcus, 2009).

²⁰ Dos folios, tres carillas, manuscrita. Fondo José Ingenieros, CeDInCI, copia. Original en posesión de su nieto Horacio Valla Ingenieros.

Suyo siempre,
Ingenieros²¹

Lugones se apresura a responderle el mismo día, dando por cerrado el episodio:

6 de marzo [de 1899]

Ingenieros: —Acabo de leer sus dos cartas, i excuso decirle que ya no tengo ningún reproche que hacerle. Esto equivale a expresar una alegría tan grande como la molestia que su nota me causó; es decir, algo equivalente a novecientos cuarenta i seis millones ochocientos setenta i dos mil miriámetros de firmamento... más una fracción.

Nadie más que yo lamentaba tener que hacer lo que hice con Ud. Pero Ud. en mi caso hubiera procedido igualmente. Ya tenía escrita una nota para el *Mercurio*, bastante cargada de ají, como mía. No la escribí sin dificultad; jamás una página literaria me ha costado tanto. No se la mando, porque creo que es mejor enterrar este asunto bajo buen acopio de tierra, i ni siquiera hablar más de él.

Lamento sí que cometida la lijereza, no hubiera tiempo para remediarla; ya ve lo que ha podido producirse a causa de ella. Por esto es que nunca se debe cometer lijerezas. La nota no era cosa que pudiera dañarme i desde este punto de vista Ud. tenía razón resistiéndose a mi pedido. Pero no me va a negar que es poco halagüeño verse uno figurando de igual a igual con ciertos individuos que no sólo están abajo en la obra (para eso hacemos obra: para distinguirnos) sino que son, algunos, personalmente antipáticos. Ud. comprenderá a cuál de ellos me refiero, i sabe el por qué.

Como amigos i en privado acepto i doi bromas de cualquier naturaleza —pero en público, no, porque mi nombre pertenece también a otros i su interés limita mi independencia personal. Yo he contraído deberes que Ud. no tiene; cuando Ud. se encuentre en mi caso (i a propósito, *ca marche?*) opinará i obrará como yo, porque entonces la capa no podrá convertirse en sayo a voluntad, so pena de dejar desnudos a quienes hai que mantener vestidos.

Como la gente no sabe distinguir i para ella *todos son Luises*, estaría expuesto, si no comenzara por Ud., a verme incluido en otras *Syringas* cuyo sabor epigramático me supiera —trocados los accidentes de modo i lugar— a chabacanería insoportable. Ya ve que tengo razón, i que es justa mi resistencia a verme enrolado entre ciertos señores a quienes nunca he negado ni mi amistad ni mi benevolencia, creyéndome, eso sí, superior, aunque sin hacérselo sentir, porque me sé más trabajador y más de aguante que ellos.

Con Ud, con Rubén, ya es otra cosa. Yo quiero mucho la igualdad, pero la igualdad entre los semejantes. Para llegar a serlo, el camino está abierto; llegue quien quiera i me complaceré en declararme igual suyo; pero mientras no llegue, no le consideraré tal i creo que procederé racionalmente.

Con estas ideas, que Ud. conoce, su nota resultaba mortificante. No se las manifesté al pedirle que borrara mi nombre, porque sabía que Ud. las percibiría como razones suficientes para hacerlo. Tampoco dudé de que lo haría. Juzgue de mi desagradable sorpresa al darme con lo contrario. Si se hubiera tratado de otro, habría seguido diversa senda. Pero tratándose de Ud., lo menos que podía yo hacer, era enderezarle mi carta «delicadamente descortés», anunciándole que iba a contestar i no disimulándole el estado de mi espíritu. Era lo correcto.

Me dice Ud. que no me debe explicaciones; creo lo contrario. Entre amigos como nosotros, creo que siempre se debe una explicación, porque el concepto de honor que se tiene para los otros no es aplicable en estos casos. Cónstele, pues, que a pesar de su salvedad, considero su carta como una explicación que Ud. me debía después de lo que ha pasado. Me pongo en su caso; yo hubiera escrito probablemente lo mismo, sin que ello quite que hubiera estado en un error. Deseo que acepte este concepto de varonil franqueza, sin creer, aunque es ocioso decirlo, que mi interpretación vaya a hacerse pública.

Por mi parte, pediré a Díaz Romero que salve en una nota del próximo número el error de la suya, manifestando que mi nombre se incluyó por equivocación en ella. Así, ni Ud. ni yo apareceremos, i todo se habrá salvado tranquilamente.

Le espero mañana a las 6 ½. Su

L. Lugones

6 de marzo²²

Resistencias en el socialismo y señales desde la élite

El año 1898 será el último que encontrará a Lugones e Ingenieros compartiendo activamente una campaña socialista. En este caso, será el recrudecimiento del conflicto limítrofe entre Argentina y Chile, iniciado un año antes, el que invita a los amigos a lanzar una campaña internacionalista de hermandad de los pueblos argentino y chileno. Ya el 5 de marzo de 1897 Lugones le escribía a Mario Centore, en Valparaíso:

El Pueblo necesita profilaxia de libertad, aire, buen aire para sus pulmones, rotos por el fardo de tantas preocupaciones fatales, y de tantos prejuicios estúpidos. Sobre todo este Pueblo de América, que no quiere convencerse, a pesar de sus propias llagas, del absurdo republicano y patriótico que tan bien han sabido remacharle al calcañar los infames ladrones de la burocracia y los galoneados asesinos del militarismo.

Nosotros hemos conseguido aquí una gran victoria contra la Patria. Seremos tal vez más de 20.000 obreros los que no creemos ya en ella. En cambio, creemos en la Humanidad. Yo creo que sería ya oportuno iniciar una liga obrera contra el militarismo, que, tanto en estas tierras como en aquella

²¹ Un folio, dos carillas, manuscrita. Fondo José Ingenieros, CeDInCI, copia. Original en posesión de su nieto Horacio Valla Ingenieros.

²² Dos folios doblados a la mitad, 8 carillas manuscritas. Fondo José Ingenieros, CeDInCI, copia. Original en posesión de su nieto Horacio Valla Ingenieros.

nación de Chile, amenaza devorarse lo más sano y lo más fuerte de la carne del Pueblo. Dígalo Ud. allá por las columnas del simpático periódico en que escribe y yo lo haré por acá, en las de uno socialista-revolucionario, que se llamará «La Montaña» y que aparecerá el 1º de Abril.²³

Ingenieros dicta el 12 de febrero de 1898 una conferencia en el Centro Socialista Obrero: «Cuestión argentino-chilena. La mentira patriótica, el militarismo y la guerra». En su alegato antimilitarista, que enseguida se editará en folleto en Argentina, en Chile y en Brasil, se perfila una concepción evolucionista (Spencer, Morgan, Engels) y se agudiza el individualismo elitista que termina por imponerse en su sistema apenas un lustro después (Tarcus, 2007a). Ingenieros y Lugones intensifican la correspondencia con sus amigos chilenos, que con su respaldo y orientación habían fundado la Unión Socialista en 1897 y, ahora, en 1898, respondían a la campaña antimilitarista.

La última participación pública de Lugones en el socialismo fue en ocasión de la celebración del 1º de Mayo de 1898, calurosamente celebrada por sus compañeros. Allí leyó un poema inspirado en el artículo 5º de la reciente ordenanza municipal que se había fijado en carteles públicos para los últimos carnavales: «Es prohibido disfrazarse con el uniforme del ejército». Dice el poema:

Su excelencia el mono

Pedro el murguista, mi viejo amigo,
viste un mono de coronel.
Le da un penacho, cruza su ombligo
con una faja digna de él.
(Con una faja de coronel)

En su cadera suena una espada,
tiene áurea franja su pantalón.
Y bajo el arco de la quijada,
va el barbiquejo de su morrión.
(Es de ordenanza su pantalón)

Muy dignamente pasea y danza;
Tal vez guerrero como él no hay;
Diez brandeburgos ornan su panza
y dos medallas del Paraguay.
(Como otros muchos jefes, que hay)

Y viendo que otros, frente por frente,
pasan vestidos como anda él,
el mono piensa: ¿para esa gente,
tampoco tiene pena el cartel?
(Es un secreto que ignora él).

Leopoldo Lugones²⁴

Pero para entonces Lugones ha comenzado a transferir sus lealtades a la masonería. Se distanciará del socialismo definitivamente hacia 1900, aunque recién en 1904 va trazar un balance de su experiencia. Se trata del texto ya citado «Nuestro socialismo», donde sostiene su crítica en términos que serán retomados reiteradamente en el siglo XX, sobre todo por los nacionalistas:

el socialismo fue y continúa siendo un partido extranjero, en el cual el elemento criollo no figura sino esporádicamente. Sus directores, aun los argentinos, no conocen el país, ilustrándose a su respecto con los fenómenos de la capital. No han comprendido nunca que el socialismo, escuela económica o partido correspondiente a un grado tal de civilización, estará impedido de avanzar allá donde todavía no haya sido este alcanzado. Prematuro en la capital, es utópico en las provincias, mientras la diferencia de civilización que separa a la una de las otras no disminuya lo bastante para posibilitar la propaganda. Ahora bien, estas diferencias son enormes, pues hay estados donde imperan aún las ideas del siglo XVII, al paso que aquí se vive en el veinte, como en cualquier ciudad de Europa.

Exceptuando el Rosario y La Plata, ningún otro centro ha respondido de una manera apreciable. Las veintiséis agrupaciones que figuran en las listas del partido, incluso cinco correspondientes a las ciudades antedichas, son tan pequeñas, que carecen enteramente de influencia en sus respectivas localidades. No creo que en todas lleguen a reunir dos mil votos. Y ello basta probar mi aserción, si se considera que en la capital, donde cuenta con quince centros, el partido calcula su fuerza electoral en 3500 votantes, con exageración evidente, como lo demostrará la elección de Marzo (**La primeras letras...**, 1963: 157).

Si Lugones evidenciaba momentos agudos en el diagnóstico, iba en cambio a equivocarse en el pronóstico. En dichas elecciones, las del 13 de marzo de 1904, Alfredo Palacios fue elegido diputado nacional por el distrito de La Boca, reconociéndose como el primer legislador socialista de América.

Ingenieros, por su parte y fiel a su estilo, se despidió del partido de modo más espectacular. A lo largo de la serie de artículos y conferencias, viene radicalizando entre 1899 y 1900 la dimensión científica y evolutiva del socialismo contra las ilusiones de cierto socialismo ingenuo y popular. En el **Almanaque Socialista de La Vanguardia para 1901**, publicado a fines del año anterior, escribe estas líneas críticas que también pueden leerse como auto-críticas respecto de su socialismo romántico de 1896-98:

Se ha soñado mucho; se ha delirado mucho. Una nube de sentimientos ha empañado el horizonte de las ideas. Sobre un pedestal de Justicia, de Libertad, de Revolución, de Fraternidad, de... etc; se había erigido un Templo Rojo; rojo de sangre o de aurora, poco importa; palabras...

Eso fue vivir en la Luna y no en la Tierra
El socialismo comienza ahora a no ser un «ideal», sino una

²³ Transcripta en **EL PUEBLO**, Valparaíso, lunes 12 de abril de 1897, n° 547, p. 1. Fondo Ingenieros, CeDInCl.

²⁴ «Su excelencia el Mono», en **Almanaque socialista de La Vanguardia para 1900**, Cooperativa de Publicaciones, Buenos Aires, 1899, p. 56.

realidad. No ya una «aspiración», sino un hecho inevitable, resultante de la evolución misma de la sociedad capitalista. No una «revolución» que haría el proletariado el día que fuera fuerte y consciente, sino una lenta, muy lenta, transformación de las instituciones... («La acción útil y los sueños inútiles de los socialistas», 1900, cit. en Tarcus, 2007a).

Ingenieros ha hecho suyo, plenamente, el programa del reformismo socialista, en el contexto del debate internacional sobre el «millerandismo» y sobre las tesis de Bernstein. Y una vez más parece hablar de su propia transformación cuando declara: «Era tiempo de salir de ese globo de vidrio rojo en que estábamos encerrados bajo la augusta custodia del sectarismo, la fantasía y la autosugestión (*ibid.*). La vieja retórica de la revolución, los «martirios», los ideales, etc., «todo ello queda archivado en el cofre hierático de las retóricas antiburguesas para uso de jóvenes sentimentales y de viejos jacobinos» (*ibid.*). Pero Ingenieros fue más lejos aún, y decidió cuestionar uno de los mitos, aún vivos, de la mentalidad revolucionaria del último cuarto de siglo: la *Commune*.

La conferencia que, en nombre del Comité Ejecutivo, dictó el 18 de marzo de 1901 en el salón del *Vorwärts* fue el punto más alto de ruptura con la cultura obrera socialista ya instalada en el partido. Escogió nada menos que este evento, devenido en un ritual laico para los obreros socialistas (y anarquistas), para hacer manifiesto el vuelco político-intelectual que había comenzado tres años atrás y ahora consumaba plenamente. La Comuna, había señalado en su conferencia de 1901, fue un acontecimiento excepcional, producto de circunstancias difícilmente repetibles históricamente. La heroica insurrección y resistencia de los obreros parisinos debía ser recordada, pero no como modelo de revolución e insurrección a repetir. Los socialistas debían abandonar responsablemente, junto al siglo que había concluido, la vieja estrategia insurreccional, la perspectiva catastrofista respecto del capitalismo y la dictadura del proletariado de que habló Marx. El socialismo del siglo que comienza debía darse una nueva estrategia conforme a las nuevas circunstancias históricas: desarrollo capitalista, mejoras en las condiciones de la clase obrera, legislación social, presencia de los socialistas en los parlamentos europeos...

Incluso para sus propios compañeros de partido, Ingenieros había llegado demasiado lejos y figuras fundacionales del socialismo local como los obreros Adrián Patroni y Esteban Dagnino censuraron sus tesis desde las páginas de **La Vanguardia**. Ingenieros respondió con un artículo en este mismo semanario que tituló «Contra las ilusiones, no contra el entusiasmo» (Tarcus, 2007a). **La Protesta Humana** también brama contra Ingenieros. Para el anarquista Félix Basterra, Ingenieros es ya «un evolucionista escéptico, desilusionado, descreído; nada entre el plato marxista y el plato de la evolución legal y científica». Incluso Pascual Guaglianone, amigo de Ingenieros, en otro artículo de **La Protesta Humana**, anuncia el paso del autor de la **Simulación de la locura**, tras la controvertida conferencia sobre la Comuna, a las filas del «radicalismo burgués», observando además que Ingenieros nunca fue sinceramente revolucionario, ni siquiera en tiempos de **La Montaña**. Días después, desde las páginas de **La Vanguardia**,

Ingenieros le responde sin hesitar con una carta en que reconoce el cambio (Tarcus, 2007a).

Ingenieros deja el Comité Ejecutivo y se concentra en su actividad profesional. Nicolás Repetto intenta, en enero de 1902, tender un puente y le escribe una carta donde le manifiesta su asombro de que causas tan nimias —«la ingrata impresión que le causara la falta de acogida que hicieron algunos a su espiritualísima conferencia»— pudieran provocar un efecto tan desmesurado como su alejamiento del partido. Ingenieros le respondió amistosa pero tajantemente con esta amarga carta en que reafirma su convicción «científica» en el futuro del socialismo al mismo tiempo que reconoce su pérdida de fe en la capacidad de la masa proletaria y califica al PS como una secta entre otras. Acaso lo que más afectó el orgullo de Ingenieros fue el párrafo en que Repetto le aconseja: «Para que el mal rato pase, ahí va una receta. Pase dos o tres meses lejos de la masa y del partido; disfrute de todas las delicias de los nuevos medios y cuando se empalague volverá a nuestras filas con el ánimo y las ideas cambiadas». Vale la pena prestar atención, en la respuesta de Ingenieros, a las solicitudes provenientes de la élite, así como a su voluntad de mantenerse, aunque fuera del partido, fiel al socialismo. Dado su valor testimonial, la copio íntegra a continuación:

Buenos Aires, 23/1/1902

Al Dr. Nicolás Repetto.

Muy estimado:

Me regocija que Ud., con su carta, me dé motivo para continuar esta conversación epistolar, grata para mí desde que el interlocutor merece mi simpatía y mi respeto como hombre i como estudioso. Permítame que le transmita todas mis impresiones, tales como saltan bajo los puntos de la pluma que corre presurosa, latigueada por el deseo de dar expresión al momento psicológico por que atraviesa mi espíritu de socialista; lentamente invadido de un escepticismo que es la resultante de la disección serena y objetiva del socialismo, como doctrina y como partido.

Se equivoca Vd. —y me extraña, pues no le son del todo nuevas mis ideas actuales— al creer que mi pesimismo es fruto de una impresión del momento, imputable a la «falta de acogida» que alguien pudo hacer a una de mis conferencias. No, Dr. Repetto, lo único que en realidad no puede turbar la serena objetividad de mi criterio es el juicio de personas que no pueden considerarse autorizadas para juzgarme. Esto no significa desconocer que -como socialista militante- no me Agreda gran cosa un comentario imbécil, si se lo hace en el órgano oficial del partido a que estoy afiliado.

Los juicios que, en forma algo dura, expresé en una carta anterior, son el resultado de una lenta y madura evolución de mi pensamiento respecto de la capacidad intelectual presente de la masa proletaria. Antes he creído que fuera susceptible de una rápida elevación que le permitiera formarse una conciencia clara de su porvenir en las futuras transformaciones sociales de los pueblos civilizados. Ahora, la creo absolutamente incapaz de realizar por su propio esfuerzo

ninguna obra capaz de cooperar al inevitable advenimiento del Socialismo; creo que, para ese objeto, sólo sirve como materia prima para ser usada por directores políticos inteligentes. Siendo este mi pensamiento actual, no me creo habilitado para decir otras cosas en mis conferencias, y no puede sorprenderme el poco éxito que entre los trabajadores ignorantes han tenido las últimas que he dicho. El elogio a la masa, la palabra de aliento, tienen un límite; Turatti —en su folleto tan combatido por ser tan bueno— lo dice: «confortiamo le masse à credere in se stesse, ma non inganniamole coll'adulazione servile». Sin ir allende el Océano, podemos aleccionarnos en el grande Sarmiento, que tuvo la gloria de ser, ante la masa, el más impopular de nuestros políticos, porque jamás supo transar con sus contemporáneos ni acariciar el lomo a las turbas de ningún partido. Se equivocó mucho, es cierto; pero se equivocó por sí mismo, no dejándose equivocar por el criterio amorfo de las masas.

Permítame una página de autobiografía.

Le demostraré que ya no pueden turbarme las críticas de los insectos que se infiltran por la malla poco tupida y poco escrupulosa, de los partidos en formación, creyéndose predestinados a catenizar.

He atravesado momentos dolorosos, en épocas de crisis en la vida del partido socialista, permaneciendo confiadamente en las filas de la masa proletaria que tenía entonces mis simpatías más efusivas. No me doblaron muchas perfidias de los «compañeros», no me sedujo el halago de sectas adversarias. Luché y sufrí; sufrí muchísimo, sin desmayar: me sostenía una fuerza inmensa, única, la fe, fuerza absoluta. No esquivaré el relato del peor episodio. Hace varios años —por defender a un amigo— escribí una carta particular llena de frases impremeditadas nacidas al calor de una indignación momentánea; algunos «compañeros» me impusieron una retractación (como actualmente le imponen a Vd.) para darse el placer de mortificarme; yo, naturalmente no accedí. Los «compañeros» me suspendieron por tiempo indeterminado, careciendo de coraje para expulsarse. Algunos centros protestaron; se llamó un voto general; yo dí a luz un manifiesto inoportuno pero decente; once «compañeros» me respondieron con otro indecente, que acaso Vd. conozca, en el que se batió el record de la injuria soez y del ultraje. No respondí una palabra ni me retiré del movimiento. El tiempo me hizo justicia (que si no la hubiera hecho sería lo mismo); se resolvió levantarme la suspensión i los 11 «compañeros» comprendiendo lo injusto de su exceso, me devolvieron su estimación y su amistad; enseguida recuperé por algún tiempo el papel de meneur predilecto en que tantos nos hemos turnado en breve andar de tiempo.

Reflexione, doctor Repetto, si teniendo en mis precedentes semejantes bancarrotas socialistas, que sobrellevé dignamente hasta llegar a la más halagadora de las rehabilitaciones, reflexione si puede hacerme roncha la «falta de acogida» a una conferencia. Agregue que mi evolución moral, paralela a la fisiológica, me ha tornado inviolable; he aprendido a acribillar a carcajadas de ironía a todos los que me malquieren injustamente.

La cuestión no es, pues, transitoria; es fundamental. Los últimos tres o cuatro años, tan asiduos de estudio como fecundos de observación objetiva, han ratificado mi pensamiento socialista, pero han anonadado mi primitiva fe en la masa popular. Espero que pronto salga de las manos ignorantes que actualmente la manejan en los partidos burgueses, para que entre a ser manejada por políticos inteligentes i progresistas, entre los cuales el primer rango corresponderá siempre a los que se inspiren en el Socialismo. Este criterio actual podría fácilmente rastrearse en mis escritos y conferencias de los últimos años, integrándose y definiéndose día a día. No lo impute, pues, a un estrilo transitorio.

En cuanto a la actividad de los socialistas bonaerenses, no creo haber exagerado al decirle que en su inmensa mayoría viven una actividad febriciente, hornalla de tristes pasiones personales. Evocando mis recuerdos los veo, durante 9 años, afanarse en un vaivén estertoroso de rencillas, odios, insultos, expulsiones, estafas, cismas; ¿no es este el pequeño mundo de seres inferiores estigmatizado por el Maestro Voltaire en su genial «Micromegas»?

Tengamos la lealtad de constatar los hechos. La prueba es absoluta, actual: la cuestión Palacios, gran semillero de chismes y rencores; la cuestión Margall; la del Concejo Nacional; la de Rueda; la de su retractación; las embestidas de Torcelli con doble fondo de escisión del Partido; las diversas cuestiones del grupo italiano; las macanas entre La Vanguardia y La Rivendicazione; el resurgimiento de la cuestión Perseguiti; los problemas Cardalda-Chacón; etc. etc. ¡Todo esto ocurre simultáneamente hoy, bajo nuestros ojos, en ese pequeño torbellino que se cree investido de la misión de reformar la sociedad!

No sostendré que ese grupo de hombres sea peor que otro análogo; pero no concedo que sea mejor. Es igual. Todas las agrupaciones sectarias resultan ser puntos de convergencia de los elementos aberrantes de las colectividades sociales; un grupo de socialistas comprende tantos elementos anormales e inadaptables como uno de anarquistas, de espiritistas, de anticlericales, de vegetarianos, de ejército de salvación, de antivacunistas, de ocultistas, de literatos decadentes. En todos ellos suelen encontrarse pocas unidades cultas, honestas, concientes de las ideas fundamentales de la secta, rodeadas por decenas o centenas de sujetos inconscientes e inútiles. «No deben ser tan malos —me objeta Vd.— cuando Vd. pudo salir tan bueno. ¿O pretende haber escapado a la influencia del medio?». Sí, lo pretendo. Y agrego: me salvé, milagrosamente, después de haber estado expuesto a perecer ahogado entre el oleaje embriagador del aplauso de la muchedumbre. ¡Qué veneno ese aplauso! ¡Qué terrible veneno...! Veneno para quien lo recibe y cadena para la masa que lo otorga. Ahora que he dejado de gritar y pretendo razonar, tengo siempre ante mis ojos los cuatro renglones de Schopenhauer: «Un gran obstáculo opuesto al gran progreso del género humano, es que los hombres no escuchan a aquellos que les hablan con prudencia, sino a los que gritan más fuerte».

Cuando me sumergí en el medio a cuya influencia he escapado, tenía 16 años y, con ellos, una cultura superior a la gene-

ral para mi edad. Durante 6 años malgasté enormes cantidades de energía en una labor de propagandista absolutamente estéril. Aprendí pocas cosas, dado el tiempo que tardé en aprenderlas; aprendí que la masa es inferior e inferiorizante. En ese período, como miembro de la secta (digámosle partido, si Vd. quiere) sufrí la inevitable capitis diminutio que no es misterio para el más modesto estudioso de psicología colectiva. Mi juicio, aún en formación, extraviado en las tortuosidades aberrantes del sectarismo, solo pudo salvarse a merced de una resurrección de mi espíritu crítico, que fue consecuencia de lecturas científicas fundamentales ajenas a toda preocupación sectaria. Estas me pusieron en condiciones de analizar objetivamente las cuestiones que antes solo veía a través de mis sentimientos individuales y sociales.

Y mientras, por una parte, el determinismo, y el evolucionismo consolidan mi concepto de la doctrina científica socialista —como expresión de la verdad objetiva de la evolución social— por otra parte destruyo las bases sentimentales de mi fe en la masa, borrando mis primitivas ilusiones sobre la justicia y la injusticia sociales sobre la posibilidad de subvertir el orden natural de la evolución social, y sobre todo los proyectos de cambiar de un día para otro la fase del mundo económico mediante el delirio del fanatismo optimista que se llama Revolución Social.

Confieso que el contacto de la masa proletaria y socialista perturbó, por regla general, mi evolución psicológica. En su seno se forjan los Pangloss del optimismo socialista o los Bakunines del pesimismo anarquista. El Dr. Stockmann, el «enemigo del pueblo» de Ibsen, no puede ser hechura de la masa; y Turatti, cuando dice «non inganniamo coll'adulazione servile» cae víctima de la ilusión de creer que a la masa puede decirse una verdad distinta de la que ella cree. Y ya tenemos a Turatti convertido en Italia en «un enemigo del pueblo» ibseniano...

Sin embargo, yo no puedo hacer mi anticultura en la masa. Pero no por acción del medio, sino a pesar de su acción. La acción de la masa crea caudillos, que siendo sus amos no dejan de ser sus siervos: de la pasta «chusma» se modelan Rozas, Alem, M [ilegible]...

Si de los actuales socialistas criollos mi propaganda hubiese convertido «tantos» como Vd. «cree», ya tendría motivos para afligirme y para cubrirme el cuerpo con barniz incombustible preparándome para el día que me toque purgar ese yerro entre las ascuas infernales de Tubalcain. Preferiría haber hecho pocos, pero mejores; solo me satisfacen muy pocos de los que puedo haber hecho o contribuido a hacer. En adelante espero convertir menos, pero mejores; es obra larga, de años. No se trata de inducir sujetos a afiliarse en el partido, sino de orientar su mentalidad según las ideas científicas que, aplicadas a la Sociología, son la base de la doctrina socialista. Gente así podría ser útil a su medio y a su época, los otros no pasan de simples ceros agregados a tales o cuales unidades: a Vd., a Palacios, a Justo, a Patroni, a mí, y a todo el que se proponga emborracharlos con el mucho néctar del halago y con caricia lisonjera de una identificación con sus pasiones y sus impulsos.

Estamos de acuerdo en un punto esencial; Vd. juega con palabras al poner a unos «políticos superiores» cual hombres no tan bien dotados pero «que tengan inteligencia, perseverancia y sinceridad». Las ideas que Vd. pretende oponer son equivalentes. El político superior es el que tiene esas condiciones, que no son el patrimonio del común de los políticos burgueses, sino el privilegio de una ínfima minoría. Quedamos pues de acuerdo en que la masa solo puede servir al progreso social puesta al servicio de hombres de esas condiciones.

Así como es verdad que las masas ignorantes y fanatizadas tienen una frivolidad enfermiza para cambiar de amos y tutores, tiene que ser necesariamente cierto —como Vd. dice— que contribuyen a la elevación de muchos desgraciados. Pero estimo que Vd. la erra de medio a medio al considerarse como uno de los llevados por ella: y conste que comprendo que solo quiere referirse a la elevación moral e intelectual, pues fuera irrisión suponer otra clase de encumbramientos.

La masa me enseñó a no creer en ella; y esa enseñanza me costó largos años de disipación de energías, estérilmente para los demás, con perjuicio para mí. Me fue perjudicial porque me desvió del perfeccionamiento de mi cultura, y porque mantuvo a mi espíritu abrumado bajo el peso del más absurdo sectarismo, traba a toda la evolución de la mente. Si en algo me elevó realmente fue haciéndome escéptico antes de tiempo; este mérito no se lo desconozco, y casi me lo compensa de las actividades malgastadas: gracias a ese escepticismo encuéntrame en las mejores condiciones para hacer estudios sociológicos objetivos, sin que mis perspectivas mentales sean deformadas por mirajes de justicia, de libertad, de fraternidad, de emancipación, etc., bellas palabras huecas que constituyen el Eldorado de los líricos i metafísicos de todos los tiempos.

En su carta encuentro frases que no comprendo y que mi cacumen no consigue descifrar: «permanecer entre nosotros», «tal vez vuelva a nosotros», etc. ¿Qué significan? ¿Alguien le ha dicho acaso que pienso irme? ¿Dónde voy a ir? ¿Considera Vd. que nuestro ambiente político hay algo preferible al P.S. que tan poco vale? No, doctor Repetto, no hay donde ir, desgraciadamente sin empeorar.

Nuestro P. es bien triste cosa, y fuerza es que así sea dadas las condiciones de forzosa inferioridad de los hombres que lo componen; pero, por lo menos, tiene a su espalda una doctrina científica y filosófica que puede ser tan aceptada y defendida por todo hombre inteligente y estudioso. A pesar de que casi la totalidad de los que se llaman sus partidarios están incapacitados para comprenderla y la exponen a menudo a los azares del ridículo, ella es una verdad en la Comprensión sociológica del movimiento evolutivo de los pueblos civilizados. Eso me basta.

Los otros partidos están formados por una masa igual a esa, algunas veces peor, carecen de directores verdaderamente superior (se puede seguir una mala política si quien la dirige es un hombre de genio, un Sarmiento), en cambio no tienen la disculpa de una doctrina verdadera y decente, que pueda ser defendida sin ruborizarse. En tales condiciones no



me voy porque aún deseándolo no tendría donde ir sin menoscabo del respecto que tengo por mí mismo. Nuestro mal P.S. es el «meno peggio» de la política ambiente.

Solo en un caso podría pensar de otra manera; si yo fuera político de profesión, si tuviera el propósito de hacer carrera en política, me iría donde me sonrieran mejores halagos, donde se me brindara tajada más succulenta. Pero actualmente mi profesión es otra, ejerzo la medicina, y aún no he deseperado de llegar a ganar un mendrugo honestamente.

Debo decirle que su receta político-social no revela que Vd. sea tan buen terapeuta como cirujano. «Pase dos o tres meses lejos de la masa, del partido; disfrute de todas las delicias de los buenos medios, y cuando se empalague volverá a nuestras filas con el ánimo y las ideas cambiadas». Tomando el rábano por donde no se debe podría decirle que conozco todos los medios «desde la princesa altiva a la que pesca en ruina», lo mismo que el personaje de Zorrilla; solo me falta una novicia «que esté para profesar», aunque no espero llegar al éxito como el adversario de Luis Mejía. Pero como su receta es demasiado seria, me veo precisado a privarme de un desahogo de justo orgullo.

Un amigo —que no es por cierto un amigo político— me insinuó oficiosamente el usufructo de «todas las delicias» en cambio de mis simpatías y mi pluma para la causa de una presidencia y un ministerio impopulares. Alguien a quien, en cierto modo, debiera considerar superior mío, me ha planteado repetidas veces «todas las delicias» que me resultarían cobijándome bajo el estandarte del partido de la unificación. Y, por fin, otro amigo, pariente de uno de los candidatos en la reciente contienda provincial, me ofreció concretamente «todas las delicias» en cambio de mi cooperación activa a la candidatura de un consanguíneo.

He desechado, pues, tres ofrecimientos de «todas las delicias»; créame que no será por su receta que iré yo a buscarlas. Como socialista tengo motivos de jactancia y de orgullo: es facilísimo ser socialista puro, intransigente e incorruptible, a cualquier analfabeto tragaburgueses que nadie se ocupará de convertir en impuro, transigente y venal. El orgullo está en poder contar que se ha rechazado «todas las delicias» cuando ha habido quienes se ocuparan de venir a ofrecerlas. El otro puritanismo es una variación sobre el tema de las uvas agrias del zorro.

Y con este barquinazo autobiográfico queda mi modestia sobre el carril tranquilo de nuestra conversación, cerrado.

Con el más afectuoso apretón de manos, le saluda como siempre

su affmo. y S.S.S.

José Ingegneros

Tres meses después, Ingenieros escogió un modo teatral de despedida, en otro evento que también se había transformado en una jornada mítica de la cultura obrera. Fue un 1° de Mayo de 1902. Llega, una vez más, al acto del Día del Trabajo vestido de jacquet y galera de felpa.

En el grupo que rodea a Justo, se explica. Dice que ha aceptado la tesis de que la humanidad divide a los hombres en elegidos y gregarios. Justo da muestra notoria de su molestia, pero calla. Ingenieros sigue explicando. El gregario es el igual. El elegido es... Pero es el momento de iniciar la conferencia. Justo se dispone a pasar al escenario para hablarle al público que lo espera. Ingenieros se dispone a retirarse. El que se va tiende su mano para el saludo. Justo la rechaza, diciendo:

—De ninguna manera. Si le doy la mano a usted debiera dársela a cada uno de los compañeros que en el salón y eso no sería posible (Cúneo, 1956: 270).

Ingenieros se desafilia del PS en los días siguientes. Permanecerá, de todos modos, como votante y simpatizante, colaborando con el partido en ciertas ocasiones. El alejamiento de la que, de ahora en más, nombrará como «la secta», no será un impedimento para mantener una estrecha amistad con Palacios, Ugarte y del Valle.

Lugones e Ingenieros: encuentro y desencuentro

Lugones se aleja del socialismo en el '900, Ingenieros en 1902. Entre ambas fechas, los dos amigos comparten una experiencia, que es al mismo tiempo un reconocimiento de la élite hacia cada uno de ellos. En junio de 1901 son designados por el gobierno argentino como delegados al II Congreso Científico Latino Americano celebrado en Montevideo. Ingenieros expone en la Comisión de Sociología y en la de Psicología, Lugones en la de Pedagogía, en el Teatro Solís. Los dos amigos se hospedan, junto al resto de la delegación argentina, en el Hotel Barcelona y participan de la bohemia montevideana en las mesas del Café Sarandí, de 25 de Mayo entre Cerro y Juncal.

Ha comenzado para ambos amigos el proceso de cooptación por parte de la élite. El ascenso de Lugones es vertiginoso. En 1898 había dejado la redacción de **El Tiempo** y se había incorporado a **La Tribuna**, de Mariano de Vedia, en cuya redacción conoció, como ya señalamos, al General Roca. Pero en 1901, tras la exitosa experiencia del Congreso Latino Americano de Montevideo, está viajando por el interior del país en cumplimiento de funciones en el Ministerio de Instrucción Pública, interinamente a cargo de Joaquín V. González. El 12 de diciembre está entre los fundadores de la Liga Patriótica que lidera Manuel Carlés. Una vez a la semana ingresa libremente a la Casa Rosada para conversar con el Presidente Roca (Canedo, 1974: 89).

Pero quizás el punto crítico de su cooptación por el roquismo haya que buscarlo a fines de 1903, cuando el viejo General, a punto de concluir su segundo mandato presidencial, recurrió al inédito expediente de convocar a una suerte de convención de notables para elegir a su sucesor. La convención sesionó entre las protestas de la población, animadas por radicales y por socialistas. El propio Ingenieros, aunque ya fuera del partido, apareció manifestando en el centro de la ciudad junto a sus amigos Palacios, del Valle Iberlucea y Ugarte. Lugones, en cambio, dictó el 6 de noviembre de 1903 su «Conferencia política» en el Teatro Victoria,

de Buenos Aires, para apoyar a Manuel Quintana, el elegido: «Apaguemos la linterna filosófica y vayámonos en paz. Hemos hallado al hombre» (1903: 47).

Ingenieros, por su parte, ha construido una reputación como médico psiquiatra, disfruta de un consultorio concurrido y ha emprendido una carrera meteórica en el sistema médico así como en el universitario. Eduardo Wilde fue su tutor de tesis; José María Ramos Mejía y Francisco de Veyga van a apadrinarlo en su carrera médico-universitaria; y Joaquín V. González va a convocarlo como especialista para elaborar su frustrada Ley de Trabajo. El punto de inflexión de su cooptación por la élite hay que buscarlo a escasos dos años después del de Lugones. El 29 de marzo zarpa del puerto de Buenos Aires rumbo al V Congreso Internacional de Psicología a realizarse en Roma, comisionado por el gobierno argentino. La suerte quiso que lo hiciera en el mismo barco, el vapor italiano Sirio, que conducía al ex presidente Julio Argentino Roca y a sus tres hijas a París. Ingenieros financiará su estancia de un año y medio en Europa oficiando como una suerte de secretario personal del General, e incluso cortejará a una de sus hijas...

También Lugones llegó, un año después —marzo de 1906—, por primera vez a París. Los dos amigos seguían escribiéndose y frecuentándose. Una postal imaginaria pero plausible de 1906 podría mostrarnos reunidos en una mesa de un café de París al joven médico de fama mundial con el poeta de la voz tronante, el Príncipe de las letras castellanas y el Zorro tucumano.²⁵

A través de sus tortuosas metamorfosis —que lo llevan de la frecuentación de las élites políticas a las militares, y de las militares a los grupúsculos nacionalistas— y a pesar de padecer menosprecio y soledad, Lugones permaneció como intelectual de la élite, sin ensayar siquiera algún camino de retorno. Acaso no sea aventurado afirmar que el suicidio era la única salida al encierro en que se introdujo.

Ingenieros, en cambio, concluyó amargamente su idilio de seis años con los círculos del poder. Cuando en 1911 se postuló como profesor titular de la cátedra de Medicina Legal, el Poder Ejecutivo designó al candidato colocado en segundo término de la terna. Con su acostumbrada teatralidad, rompió definitivamente con la élite argentina: retó a duelo al elegido para el cargo, le envió una carta insultante a Sáenz Peña, cerró su consultorio, renunció al Instituto de Criminología, dejó sus cátedras y se autoexilió en Europa durante tres años. Cuando en 1913 apareció en Madrid la primera edición de **El hombre mediocre**, Ingenieros apuntó en una nota que para realizar su trabajo había «encontrado un ejemplar perfecto en el actual presidente de su 'país'».

²⁵ Siguiendo con la sincronía, Lugones e Ingenieros coinciden incluso en sus primeras estancias en Europa: en 1906 y en 1911-1914. No hemos localizado hasta el momento registros de sus vínculos personales más allá de 1906, pero es posible conjeturar que también en la segunda ocasión compartieron la mesa con Darío. Por otra parte, Ingenieros recoge en su **Revista de Filosofía**, al menos hasta 1921, algunos textos de Lugones tomados de **La Nación** u otras fuentes.

Cuando retornó a la Argentina, en julio de 1914, no volvió a frecuentar el Jockey Club, sino que se opuso a la guerra que apenas comenzaba, apoyó la Revolución Rusa, prohió la Reforma Universitaria y se convirtió en el artífice del antiimperialismo latinoamericano. Significativamente, hizo todos estos movimientos sin apartarse totalmente de su perspectiva meritocrática. Incluso cuando apoyó el sistema soviético, lo hizo considerando que representaba una forma superior a la democracia burguesa mediocrática que había denostado en aquel ensayo que le daría fama póstuma. Ingenieros postulaba que con el sistema de democracia directa propio de los consejos, se había encontrado, finalmente, el modo de escoger a los mejores. En suma, rompió con la élite sin romper con el elitismo.

Para 1924 el contraste entre los viejos amigos no podía ser mayor: al mismo tiempo que Ingenieros proclamaba «la glorificación de Lenin», Lugones anunciaba «la hora de la espada». Cuando el fundador de la Unión Latino Americana estrechaba vínculos con el exiliado Haya de la Torre, el autor de **La guerra gaucha**, lo hacía con el dictador Leguía.

David Viñas los postuló como las dos contrafiguras que permiten pensar el campo intelectual bajo los primeros gobiernos radicales, proyectándose incluso sobre los años '30:

La disputa parecía ineludible; en el período intermedio del alvearismo llegó a considerársela saludable y fueron varios —sobre todo desde el campo ideológico donde leninismo, revolución mexicana y reforma universitaria se yuxtaponía— que la anunciaban o trataban de provocarla. Se dijo: «Hubiera sido el enfrentamiento fundamental de la década». Incluso, cierta entonación boxística, lateral, pero muy difundida en esa coyuntura, llegó a colorear algún síntoma que se tomó como amago o provocación. Y hasta los socialistas más radicalizados de Yucatán, que consideraban al autor de **El hombre mediocre** como su teórico privilegiado, abundaron en ese sentido. De las cátedras tradicionales se quería pasar a las «trinchovas» o al ring (Viñas, 1989: 11-12).

Viñas grafica inmejorablemente el campo tensado por el desencuentro:

Cotidianidades y lugares distintos, antagónicos casi: *paradas*, jergas horarios y públicos diversos; Biblioteca del Consejo Nacional de Educación y 'Tortoni'; Círculo Militar / Casa del Pueblo; el recorrido de Santa Fe o la Avenida de Mayo». Lenin y Mussolini aparecían como símbolos irreductibles; se apostaba a D'Annunzio o a Barbuse y Romain Rolland; al *Vittoriale* o a *Clarté*. La mitológica homogeneización del rubenismo del 1900 o de **El mal metafísico** se iba craquelando día a día» (Viñas, 1989: 12-13).

No obstante, si los seguidores de Ingenieros atacaron a Lugones y los de Lugones, hicieron lo propio con Ingenieros, los dos viejos amigos se cuidaron de aceptar la confrontación directa que acaso todos esperaban. Seguramente, eran conscientes de que, con todas

sus diferencias, cada uno a su modo había permanecido fiel a ciertos núcleos del programa «anti-político» juvenil, de oposición radical a las formas de la democracia liberal, de desdén aristocrático a la mercadización y a la masificación. Sólo que desde 1903, cada uno había buscado realizarlo, con mejor o peor suerte, por caminos tan diversos como el nacionalismo y el comunismo.

Referencias bibliográficas

- Altamirano, Carlos, Beatriz Sarlo, **Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia**, Buenos Aires, Ariel, 1997.
- Canedo, Alfredo, **Aspectos del pensamiento político de Leopoldo Lugones**, Buenos Aires, Marcos, 1974.
- Cúneo, Dardo, **Juan B. Justo y las luchas sociales en la Argentina**, Buenos Aires, Alpe, 1956.
- **El romanticismo político**, Buenos Aires, Transición, 1955.
- **Lugones**, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968.
- Darío, Rubén, **La vida de Darío contada por él mismo**, Barcelona, Maucci, 1915.
- «Versos de año nuevo» (1909), en **Poesía dispersa**, Barcelona, Planeta, 1995.
- de Vedia, Joaquín, **Cómo los ví yo**, Buenos Aires, Gleizer, 1922.
- Devés, Eduardo, **Redes intelectuales en América Latina**, Santiago de Chile, IDEA, 2007.
- Francé, Javier, «Lugones, 1897: socialismo y modernismo», en **Cuadernos hispanoamericanos** n° 560, Madrid, febrero 1997, pp. 63-78.
- Galtier, Lysandro D.Z., **Carlos de Soussens y la bohemia porteña**, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1973.
- Ghiraldo, Alberto (ed.), **El archivo de Rubén Darío**, Buenos Aires, Losada, 1943.
- Goycochea Menéndez, M., «El cenáculo de la Syrninga», en **Vida social. Semanario americano de literatura y arte** n° 364, Buenos Aires, 5/1/1902.
- Gutiérrez Girardot, **Modernismo. Supuesto históricos y culturales**, Bogotá, FCE, 2004.
- Ingenieros, José, «Origen y esencia de la Syrninga», en **Ideas. Revista mensual**, año III, n° 23-24, Buenos Aires, 1904.
- Kamia, Delia, «La Syrninga», en **Sociedades literarias argentinas (1864-1900)**, La Plata, UNLP, 1968.
- Lafleur, Héctor René, Sergio D. Provenzano, Fernando P. Alonso, **Revistas literarias argentinas. 1893-1967**, Buenos Aires, CEAL, 1968.
- Larra, Raúl, **Payró**, Buenos Aires, Claridad, 1938.
- López D'Alessandro, Fernando, **Historia de la izquierda uruguaya. 1. Anarquistas y socialistas (1838-1910)**, Montevideo, Carlos Álvarez, 1994.
- Löwy, Michael y Robert Sayre, **Rebelión y melancolía. El romanticismo a contracorriente de la modernidad**, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008.
- Lugones, Leopoldo, «Conferencia política», 1903, en **Antología de la prosa**. Selección y comentario inicial de Leopoldo Lugones (hijo), Buenos Aires, Centurión, 1949, pp. 32-47.
- Lugones, Leopoldo (hijo) (ed.), **Las primeras letras de Leopoldo Lugones**, Buenos Aires, 1963.
- **Mi padre**, Buenos Aires, Centurión, 1949.
- Martí, Jorge Enrique, «Ingenieros y Doello Jurado», en **La Prensa**, suplemento dominical, Buenos Aires, 18/5/1958.
- Nosotros a José Ingenieros**, Número extraordinario de la revista **Nosotros** n° 199, Buenos Aires, diciembre 1925.
- Nosotros a Leopoldo Lugones**, Número extraordinario de la revista **Nosotros** n° 26-28, segunda época, Buenos Aires, mayo-julio 1938.
- Oddone, Jacinto, **Historia del socialismo argentino**, Buenos Aires, La Vanguardia, 1934, dos vols.
- Rebérioux, Madelaine, «El socialismo francés de 1871 a 1914», en Jacques Droz, **Historia general del socialismo. De 1875 a 1918**, Barcelona, Destino, 1984, 2 vols.
- Rubione, Alfredo (dir.), **La crisis de las formas**, vol. 5 de la **Historia crítica de la literatura argentina**, Buenos Aires, Emecé, 2006.
- Soto, Luis Emilio, «Advenimiento de Lugones», en **La Nación**, febrero 1948, pp. 1-2.
- Tarcus, Horacio, **Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007a.
- **Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la «nueva izquierda»**, Buenos Aires, Emecé, 2007b.
- **Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco y Samuel Glusberg**, Buenos Aires, Emecé, 2009.
- «Redes socialistas y modernistas entre la Argentina y Chile a fines del siglo XIX», ponencia presentada en el II Congreso Internacional «Ciencias, tecnologías y culturas. Diálogo entre las disciplinas del conocimiento. Mirando al futuro de América Latina y el Caribe», Santiago de Chile, 29 de octubre al 1° de noviembre 2010.
- Terán, Oscar, **José Ingenieros: antiimperialismo y nación**, México, Siglo XXI, 1979.
- Viñas, David (dir.)/Graciela Montaldo (ed. del volumen), **Historia social de la literatura argentina. Tomo VII: Yrigoyen, entre Borges y Arlt (1916-1930)**, Buenos Aires, Contrapunto, 1989.
- Zanetti, Susana, «El modernismo y el intelectual como artista», en Carlos Altamirano (dir.), **Historia de los intelectuales en América Latina**, Buenos Aires, Katz, 2008, vol. I.